En la Ribera del Olvido

Deslumbramiento. Primera edición: 2016
Antínoo. Primera edición: 1987
Un día en el paraíso. Primera edición: 1994

Correo electrónico: cframb@hotmail.com

ISBN:

Diseño y diagramación: Ana María Giraldo G.

Editado en Medellín, Colombia, 2022

En la Ribera del Olvido

Deslumbramiento

Antínoo

Un día en el paraíso

Carlos Framb

Deslumbramiento

Ya se desprende la partícula del ser y la célula germinal es fecundada, ya la simiente —fina hebra que custodia la memoria de la vida —se escinde y multiplica, se arrastra, se adhiere y como un diminuto pez adormecido crece y cambia, arborece el cerebro donde el tiempo ha de pensarse, despunta el sexo y desciende en busca de su nicho el corazón, se fraguan el ligamento, el tendón, el maxilar, la vértebra, la osatura que se erguirá y que será volumen, sombra y un modo de gravitar sobre la tierra, se pule y colorea el mágico cristal del ojo y se labra la mano del contar, la que trazará el bisonte en la penumbra de la cueva, aflora el oído, se ahonda la garganta, se aboveda el paladar y se dibuja la boca del nombrar, ya se teje la piel con minucioso estambre y extiende su raíz el pie que medirá la noche, se decanta el perfil, se curva la mejilla y delinea la cara irrepetible, flota el cuerpo ungido de tibieza y nutrido por jugo maternal, ya se siente ceñido por la oquedad que lo acoge, rompe la burbuja amniótica, estruja con la cabeza el arduo trecho y se abre paso a la región del aire, asoma mínimo y azul, desnudo y tímido, rugoso y ensangrentado, suma fuerzas, aspira una bocanada y prorrumpe en un vagido de pavor y de victoria, ya la luz hiere el párpado, se ajusta la pupila, y, tras larga tiniebla, se despliega la mirada que ha de atestiguar y hacer poesía el Universo.

Nací en Sonsón en 1964. Fui segundo y último hijo de Gabriel Henao y Luzmila Alzate, sonsoneños, y descendientes de los aventureros de ascendencia vasca que dos siglos atrás partieron del oriente antioqueño, atravesaron bosques, vadearon ríos, escalaron cuestas y arribaron a altos valles donde se establecieron. Gabriel creció en el campo, atezado por viento y sol de tierra fría, escasamente aprendió a leer y escribir y llevó en su juventud una vida disipada. Queda una fotografía de él a los veinte años: esbelto, sombrero de fieltro oscureciéndole la frente, y el aire ausente que le fue habitual. Un retrato de juventud muestra a Luzmila en la flor de la belleza, con traje negro de cuello alto, pelo corto, boca fina y ojos soñadores. También de ascendencia campesina, trabajó desde joven y aunque tuvo varios pretendientes solo amó a mi padre. Tras dos años de noviazgo, se casaron en 1958. Él emigró a Medellín, donde se empleó como agente viajero; para ella, en cambio, llegó la vida doméstica con sus quehaceres y costumbres, llegaron la fatiga, el desengaño y la resignación y llegaron los hijos.

Nací por cesárea y fui, como todos, un ser desvalido, fue el ardor en la piel agrietada, la mordedura del frío, la tibieza y acritud de la leche regando el paladar, fui un

bebé en una alcoba en penumbra, dormido o despabilado, sonriendo o llorando, atento a cada rumor y cada aroma, pidiendo ser tomado en brazos, andando a gatas, irguiéndose, adentrándose en el mundo, saboreándolo, palpando su relieve, codiciando su color y tratando de asir su resplandor.

Se esparcen entretanto consonantes en el aire, manan vocales, se tejen y destejen sílabas que forman palabras, ricas palabras desconocidas, vestidas de fiesta, como *sol* risueña y redonda, o *lluvia* con su música sutil, palabras con boscaje y con viento que saben a verano, tintineantes, acariciantes, espeluznantes, abracadabrantes y que nos hacen sonreír o cotidianas y un tanto descoloridas, palabras juguetonas e inocentes o astutas y prestas a atacar, saltarinas como peces y aceradas como dagas, pulidas como canto rodado o con la luminosidad de un rubí, palabras que van tomadas de la mano, palabras impregnadas de oscuridad, aves verbales del paraíso, palabras como pétalos fragantes o como ascuas que encienden la imaginación.

Empezaba mi encantamiento con el lenguaje, empezaba a nombrar la realidad, a convertir hechos en palabras, cosas en palabras, tiempo en palabras, vida y muerte en palabras.

Vivíamos en casa mi madre, mi padre en ocasiones, mi hermano Iván, la abuela Eloísa y yo. Mi primer recuerdo

de mamá es el de una cálida presencia emanando un olor grato, cubriéndome de besos, cantándome al oído, dándome compota de avena o aceite de almendra para la tos. La veo inclinada sobre una labor de costura, desgranando mazorcas y pilando maíz, cuidando el jardín y atando flores en ramilletes, la oigo tararear una canción, recobro su voz, su frase amorosa, la veo poniéndose la mantilla frente al espejo y saliendo de mañana para la iglesia o mirando ensimismada a través de la ventana.

Cada tres o cuatro meses llegaba papá, de noche e impregnado de alcohol, cansancio y humedad. Pasaba un par de días en cama, atendido por mamá, oyendo radio, canturreando tangos y consintiéndonos a Iván y a mí. Al tercer día se afeitaba, se vestía con ropa recién planchada, tomaba la maleta y se despedía de nosotros con un beso en la mejilla. Una vez trajo de la ciudad un cachorro, al que llamamos Toni. Lo recuerdo a mis pies, con el hocico sobre mis rodillas y mirándome con grandes ojos pardos. Pero tuvimos que salir del perro y se lo regalamos a un pariente del campo. Iván se encerró a llorar en el baño y yo acompañé a mamá al bus a entregarlo. Recuerdo la calle larga, Toni asomado por la ventanilla, mirándome, gimoteando, tratando de liberarse de los brazos que lo aprisionan, y yo corriendo por el andén, cegado por las lágrimas.

Iván era dos años mayor. Lo veo acurrucado junto a mamá mientras ráfagas de viento y lluvia golpean la

ventana, lo veo creando figuras de plastilina o pegando láminas en el álbum de historia natural. Iván fue mi primer compañero de juegos. Tuvimos ositos de peluche, pelotas de letras y pelotas de aserrín forradas con papel plateado, canicas de cristal, tambores de hojalata, cornetines de plástico, veletas de papel, carritos de cuerda, caballitos de palo, soldaditos de plomo, pistolas de fulminantes, carro de rodillos y triciclo. Con otros niños apostaba carreras, saltaba la cuerda, jugaba escondite, gallina ciega, estatua y rayuela que dibujaba con tiza sobre la acera, me disfrazaba de médico y cura, celebraba misa y en ocasiones me peleaba. Algunos juegos eran solitarios, me ocultaba bajo una mesa o me encerraba en el armario simulando que viajaba en una nave.

Mis abuelos Abel Henao y Manuel Alzate murieron antes de yo nacer. Tenues como un sueño, pasaron sin dejar una traza en la arena del tiempo, apenas un nombre, unas fechas, un puñado de recuerdos y la intuición de estar precedidos por un cortejo de sombras. Mis abuelas, en cambio, vivían. Eloísa, la paterna, era huraña, de fríos ojos claros y pelo canoso recogido en cola de caballo. Salía poco de su alcoba en la que había cuadros de San Roque y el perro, la Virgen del Carmen con los condenados en llamas, y otro donde un moribundo era arrastrado de la cama por demonios, una radio, una jofaina azul, un armario con espejo de luna y un baúl de madera guarnecido con flejes y con asas de cobre. Una

vez, en ausencia de la abuela, Iván y yo buscamos la llave del baúl. Había olor a viejo y cosas revueltas: un fajo de cartas atado con cintas, un relicario con un mechón de pelo desvaído, un rosario de cuentas de vidrio, un reloj de bolsillo con leontina de plata, una baraja, vestidos apolillados y fotografías amarillentas. Un pequeño libro —el primero que sostuvieron mis manos— me enamoró y lo llevé conmigo. Aquel misal de hoja sedosa, encuadernado en piel, con canto dorado, broche de metal, iluminaciones y viñetas me maravilló por años.

A la casa se entraba por un portón de doble ala pintado de rosado pálido y con aldaba y pestillo de hierro. Era de una planta, con dos ventanas, paredes de bahareque blanqueadas y piso de madera. Había un zaguán y un patio embaldosados, un corredor de alero con macetas de geranios, begonias y bifloras y una enredadera, tres alcobas y la sala, un cuartico de rebujo y un desván que sería mi refugio de adolescente. Y estaba la cocina con el techo ahumado, un ventanuco cubierto de hollín y el fogón donde brasas crepitaban y proyectaban en la pared un resplandor vacilante. El frío se filtraba por las rendijas, avanzaba por el corredor y se adhería a los objetos. Algunas noches la lluvia tamborileaba en el tejado y me adormecía arrullado por música acuática.

Mi lugar favorito era el huerto. Al levantar una piedra encontraba ciempiés, escarbaba tierra para descubrir

tesoros, trituraba hojas de romero para aspirar su olor. Las lagartijas se escurrían por grietas, por níveos hilos corrían arañas, el bordoneo de abejas palpitaba en el aire perfumado. Y estaba la veta auriverdosa del musgo, el rosedal en flor, el relámpago del colibrí entrando *por la ventana mágica del ojo*.

Había en el huerto cilantro y yerbabuena, un limonero, una tomatera, un curubo y un jardín de rosas, gladiolos, claveles y estrellas de Belén. Mientras mamá regaba flores y podaba, yo seguía con la mirada mariposas nerviosas alas, las merodeaba cuando salían de la crisálida o introducían su lengua en la corola. Cuánta mariposa espiada desde entonces al trasluz, flotando en el dosel florido o a ras del camino, mariposa de sinuoso margen y jaspeado ápice, viso diamantino, cola en abanico y el envés iluminado de turquesa, mariposa con un ojo de búho y una gota de lluvia en cada ala, hespéride y ninfa del bosque, antíope y vanessa atalanta, cleopatra y esfinge del aligustre, mariposa de obsidiana y monarca de metal y esmalte, afelinada y musgosa, deleznable y azufrada, petrificada en ámbar o esfuminada de oro, *mariposa de polen y papel, de estambre y luna*.

Vivíamos junto a la iglesia gótica de los padres carmelitas. Desde el patio oía cánticos y, los días de fiesta, música de violín y órgano. Humedecía los dedos en la pila de agua bendita, me santiguaba frente al altar y

rezaba arrodillado ante el Niño Jesús de Praga. Aspiraba el vaho de cirios e incensarios humeantes y admiraba las imágenes de yeso, los coloridos retablos del viacrucis, el altar erizado de torrecillas y la Virgen en un nicho que simulaba un pálido cielo, las lámparas con estalactitas de cristal, los tubos del órgano, la moldura de los confesionarios, el relumbre del facistol y el cáliz, la custodia y las vinajeras, los hábitos talares, las estolas bordadas, las casullas floridas y la luminosidad de los vitrales. Durante la misa matinal del domingo, un haz de luz desplegaba sobre la nave mayor un tapiz amarillo gualda, rosado bombón y verde aguamarina que me extasiaba. Recuerdo mi primera comunión: vestido con traje de paño azul, abotonadura de metal, camisa de manga larga con mancornas, corbatín de broche, guantes blancos y zapatos de charol, caminé con la cabeza inclinada a recibir la hostia, mientras el Sol atravesaba el vitral del ábside y se rompía en gemas a mis pies.

La segunda semana de julio se celebraba la fiesta de la Virgen del Carmen. La matraca y la banda de cobres anunciaban el paso de la procesión. Eloísa, mamá, Iván y yo corríamos a la ventana mientras estallaban voladores, revolaban campanas y flameaban estandartes, marchaban feligreses, curas y monjas y desfilaba la banda de guerra con casacas de vivo color, charreteras y cascos, resonaban trompetas, platillos y timbales, redoblaban tambores y entre humaredas de pólvora aparecía la

carroza de la Virgen del Carmen adornada con encajes, flores y diademas. En el parquecito contiguo a casa se celebraban fuegos artificiales que iluminaban la noche con rosetas, bengalas y castillos.

Las tardes salíamos Iván y yo de la mano de mamá a visitar a la abuela Carmelita. Pasábamos por la panadería de las hermanas vicentinas con sus canastillas de hogazas de pan, bizcochos croqueantes, pasteles de gloria y vaharadas de café tostado, dejábamos atrás cantinas con olor de tabaco y cerveza y con música de pianola y llegábamos a la plaza con sus balcones, rótulos fosforescentes y vitrinas de almacenes, mulas cargadas con carbón de leña y golondrinas que mojan el ala en charcos, trisan, hacen quiebros y se arrojan en los trapecios del aire. A veces la neblina descendía y llenaba la plaza y la gente que pasaba era como fantasmas. Parábamos en la pastelería La Pérgola a comprar galletas de leche, mazapanes de colores y monedas de chocolate envueltas en papel de estaño, enfilábamos por una cuesta pedregosa flanqueada de casas de tapia y con chambranas de barrotes de macana, y al fin llegábamos donde Carmelita.

Con ella vivían la tía Carolina y don Manuel, padrastro de mamá. Había un gato sedoso de ojos amarillos al que me gustaba oír ronronear y ver desperezarse, saltar, lamerse el pelaje y retraer las uñas. Don Manuel era alto, vigoroso y silente, de cráneo redondo y calvo

y encallecidos pies descalzos. Lo acompañaba al corral a recoger los huevos. En ocasiones vi aparecer la minúscula mancha, agrietarse la cáscara, surgir el pico y salir el polluelo ávido y ciego. Lo acompañaba a limpiar la pocilga y miraba los cerdos con el hocico húmedo y las crías tirando de la ubre, lo acompañaba a cortar y apilar leña, igualar la tierra y cavarla con el azadón, lo acompañaba por entre lanzas de maíz a tantear mazorcas y segarlas. Lo recuerdo aventando semillas sobre el campo arado o batiendo palmas para espantar las mirlas, lo recuerdo amolando el cuchillo y probando el filo con el pulgar, arremangándose los puños de la camisa, sujetando con un lazo las patas de un ternero que se debate y muge, degollándolo, colgándolo de un garfio y abriéndolo en canal.

Carmelita era robusta, de rostro curtido y con el pelo blanco recogido en trenza. La veo orando, leyendo la Biblia, diciéndonos nombres y virtudes de plantas o soplando el fogón con el rostro encendido por el resplandor de las ascuas. Tarareaba una canción mientras manipulaba cuchillos, cucharones y rollos de amasar, desmenuzaba hierbas, esparcía sal y pimienta sobre ollas y sartenes y revolvía y probaba los alimentos. Al anochecer contaba historias de aparecidos.

Celebrábamos la Navidad con familiares y vecinos. Me fascinaban los alumbrados, los villancicos

que acompañábamos con pitos, dulzainas y panderetas, el retintín de las campanillas, el estrépito de chorrillos, fulminantes y volcanes, las bombas inflables y los farolillos, las coronas de acebo y las guirnaldas, serpentinas y borlas de papel crespón, el árbol con una estrella plateada, los foquitos enredados en algodón y los traídos escondidos por la casa. Me fascinaba el pesebre con sus caminos de arena y aserrín, montañas de musgo, casitas de cartón, pastores y ovejas, reyes magos y camellos engualdrapados, un espejo como lago y estrellas recortadas en papel rutilante. En nochebuena la casa olía a albahaca, vainilla y alhucema. La abuelita hacía manjares: crema de chócolo, cazuela de fríjoles, papas cocidas bajo brasas, dulce de brevas, arequipe con pasas, natilla de maíz, buñuelos y panderos, alfajores y mazorcas asadas.

Carmelita murió de cáncer de piel en 1976, a los ochenta y cinco años. La vi amortajada entre flores y lloré ante su rostro demacrado hasta los huesos. Muchas veces me he dicho que la vida no vale tal suplicio. Seguíamos visitando a don Manuel y a la tía Carolina, pero un vacío y un silencio se extendían por la casa.

Tenía cinco años cuando vino a vivir al vecindario la familia Caballero, primera en la cuadra con televisor. En la tarde se abría una ventana y los niños nos apretujábamos para ver *La Pantera Rosa*, *La Flauta Mágica*, *Tarzán*, *El Llanero Solitario* y películas de *Disney*. Mamá se

hizo amiga de la señora, e Iván y yo de los dos hijos. Esteban se volvió mi compañero: peleábamos con espadas de madera, echábamos al agua barquitos de papel, dábamos vuelta a la manzana golpeteando un aro con una vara, elevábamos cometas en los vientos de junio y globos en las noches de diciembre, mirábamos arabescos en un caleidoscopio y vimos un eclipse con un vidrio ahumado. Nos gustaba hacer, soplando por un tubito, pompas de agua jabonosa. Yo las veía navegar e imaginaba que eran mundos donde otros niños hacían pompas más pequeñas.

Cerca de casa había prados y cañadas a donde iba con Esteban. Aguzábamos el oído para escuchar el siseo del viento en el tendido eléctrico, observábamos pájaros posarse, aletear y alzar vuelo, lavábamos piedras en el arroyo, espiábamos animales y seguíamos su rastro. A veces jugábamos con otros niños a vaqueros e indios. Nos repartíamos en dos bandos, nos dispersábamos con un silbido y nos ocultábamos tras arbustos, el cuerpo agitado y listo para correr. Cierta vez, Esteban y yo nos quedamos solos en su casa y rodamos por el suelo, forcejeando y haciéndonos cosquillas. Desde entonces, siempre que nos dejaban solos luchábamos cuerpo a cuerpo. Me gustaba hundir mi rostro en su pelo para aspirar su olor y saborearlo.

Recuerdo un paseo al campo con él. Transitamos por un camino de herradura rodeados por murmullo de

hojas, graznido de chilcaguas, estridular de grillos y crujido de árboles. Nos deteníamos para tomar aire, sorprender un gorjeo de agua o un temblor de cálices, contemplar el plumaje de una soledad o escuchar el golpeteo de un pájaro carpintero. Una serpiente cabrilleó en el camino, la cabeza triangular, el ojo pétreo y la lengua bífida. Tras horas arribamos a un mirador natural que abarcaba la lejanía. Hacia el sur, donde tierra y cielo se juntan, relámpagos fuliginosos agrietaban el horizonte. Bordeamos un río de agua verdosa mientras la brisa nos refrescaba el rostro.

Mi amistad con Esteban duró años, hasta que su familia se fue a vivir a la ciudad. La víspera de partir vino a dormir a casa y se acostó a mi lado. Una felicidad me sorprendió al sentir su cuerpo, el jazmín de su piel, su cabeza al lado de la mía. Permanecí sin moverme, resistiéndome al sueño, deseando que no llegara el día.

Aquel muchacho fue para mí el despertar del deseo y la revelación de un poder, la primera llamada de una voz secreta, el presentimiento del placer y del dolor del amor.

El primer recuerdo que puedo fechar es el del alunizaje, el 20 de julio de 1969. Ante el televisor de la familia Caballero, mientras una voz indescifrable emergía del aparato y un clamor de júbilo estremecía el aire, observé una figura borrosa que saltaba en cámara lenta sobre un

paisaje desolado. Era el primer paso del hombre sobre otro mundo. Tardé años en comprender su trascendencia y cuánto hubo de ocurrir desde que aquel cazador recolector, armado de mano prensil y cerebro grande, se dispersó desde la noche africana, engendró y prevaleció, fundó ciudades e imperios, nombró y numeró el mundo, zarpó hacia desconocidas costas, cruzó abrasadores desiertos y remontó nieves perpetuas, sondeó abismos marinos y circunnavegó la Tierra, para finalmente aventurarse más allá del útero planetario.

Al volver a casa salí al patio y me quedé mirando la Luna. Desde entonces no ha dejado de hechizarme ese orbe polvoriento y acribillado, surcado por llanuras de lava y dunas que ningún viento estremece, Luna que moja el rostro en el agua, Luna que riela entre las ramas, esfumándose tras un velo de lluvia o enredada en un jirón de niebla, Luna que mengua y crece, se escora y desfallece, presentida al voltear la esquina, desbordando el horizonte o tiritando en el alba, Luna de mi soledad, ensangrentada y triste, cuerno de plata sobre la mar dormida, gota perlácea que tiembla en la pestaña y alumbra nuestros pasos en la noche.

Semanas después, mamá le compró a un vendedor que llamó a nuestra puerta una revista con fotografías en color de la Misión Apolo. En sus páginas lustrosas contemplé el módulo Eagle de patas de araña y las siluetas de Neil Armstrong y Buzz Aldrin hinchadas por

las escafandras y contemplé la huella humana sobre el polvo del Mar de la Tranquilidad que perdurará un millón de años. Y contemplé una imagen que se grabó en mi memoria: la canica luminosa y serena de la Tierra suspendida en la negrura, jaspeada por remolinos de nubes, con el ocre de los continentes y el azul de los océanos nítidamente pintados.

Una noche de navidad, al observar las bombillas de colores que adornaban la aguja de la iglesia carmelita, deslicé la mirada hacia el firmamento, atraído por un enjambre de resplandores. No sé cuánto estuve mirando las estrellas, arrobado y preguntándome qué eran esos incontables puntos que cintilaban en la lejanía. Era el descubrimiento de la inmensidad del Universo, de su misterio y hermosura. Así como el antiguo astrónomo que escudriñaba la bóveda celeste y seguía el curso de los astros desde zigurats y pirámides, también yo, desde aquella noche de mis seis años, he buscado con asombro las estrellas.

En enero de 1970, mi madre me llevó a la escuela de doña Carmen, una maestra que enseñaba las letras a los niños del pueblo. Recuerdo a mamá bañándome, secándome con la toalla de felpa, abotonándome la camisa de lana y sujetándome el pantalón corto de franela con cargaderas de hebilla plateada, poniéndome los calcetines y

En la Ribera del Olvido • *Deslumbramiento* • Carlos Framb

atándome los cordones de los zapatos olorosos a piel. Recuerdo las lágrimas de mi primer día de clases y recuerdo cuando la mano nudosa y moteada de pecas de doña Carmen cubrió la mía y con ternura la guio para que aprendiera con el lápiz las letras y bajo mi mano fueron apareciendo, como estatuillas sobre la blanca página, A punta de lanza, B de bisel turgente, C *curva de capitel*, luna menguante, D henchida de viento, la nave de tres puentes de la E, F de rosado festón, G gibosa, H equilibrada, I altivo mástil, espada en la vaina, J arabesco de jade, K severa, L que se dobla en codo, M con orejas de búho, N zigzagueante, Ñ nublado pico de montaña, O con rostro de sol, P de pie y de perfil, Q de travieso crespón, R de rodilla plegada, el sendero serpenteante de la S, la alta torre de la T, U cuenco de la mano, V de dedos victoriosos, W meandro y oleaje, X encuentro de caminos, Y de astas de venado y Z con caligrafía de rayo.

Salía para la escuela con el maletín de cuero en bandolera y en él, la cartilla de lectura, el cuaderno de tapa de cuadros, el lápiz de cedro, el borrador de nata, el sacapuntas con forma de perro dálmata y una libreta donde dibujaba con los lápices de mi estuche, mi posesión preciada y que emanaba fragancia de madera fresca. Aquellos lápices fueron la revelación del color, cálido y risueño bermellón, rojo elemental y flamígero, gota de rubí, ojo de toro, sangre de dragón y rojo múrice, pulpa de fruta y borra de vino, amarillo solar y leonado, flor de lirio,

oro de gloria, ámbar tostado, barra de azufre y trino de canario, azul salido del mar y turquí de cielo intocado por el alba, azul que jalona la noche, azul lluvia, azul lejanía, veta de lapislázuli y llama de cobalto, verde penumbra, verde savia, verde lomo de rana y verde río, verde vestido de la pradera, verde de las monedas viejas, cobrizo y denegrido, blanco de nieve cayendo, blanco cendal, lis de alabastro, pálida alheña, polvo de mármol y traslúcida porcelana, negro del ala del cuervo y del cuerno del ciervo, humo negro, negra tinta de la noche, rama de vid, ónice profundo y astil de obsidiana, verde menta, fucsia confite y caramelo de café, rosa pastel, rosa tibio que mora en el labio, balsamina y coral, rosa marisma y rosa tardío del firmamento, naranja vibrante, musgo de roca y flor de azafrán, violeta de la amatista, violeta del bosque y pétalo de cólquico, púrpura hierático, brecha de pórfido y púrpura matinal de la colina, ocres y bronces, tintes y medios tonos del otoño y claroscuros, sanguina apagada y gris herrumbroso de la tarde, grises que se tocan y oscurecen, gris perlado, gris marengo, pedrusco de basalto, gota de azogue y rescoldo de ceniza, marrón hoja de tabaco, marrón momia, pardo mantillo de la tierra, sangre seca y piel soleada, terracota amoratado, sepia y solferino, lila lumíneo y lima fluorescente que me alegraban.

Al terminar las clases, corría a casa. Un día, al cruzarme con unos muchachos, una zancadilla me lanzó

a la calle y mis colores se dispersaron. Con sangre en el rostro, me incorporé solo cuando los reuní en su estuche, decidido a no volver a aquella escuela. Poco después me matricularon en la elemental de varones. Vino la fría madrugada, idas y regresos, el recreo bullicioso y la tediosa fiesta patria, el castigo con la regla, la angustia del examen, el miedo a no saber la lección y a perder el año. De la escuela me gustaron el ábaco y el herbario, los dados con el abecedario, el globo terráqueo con países de colores, las excursiones al campo y las fábulas y cuentos que nos leía la señorita Inés, joven sonrosada y de lacia cabellera negra. Yo escuchaba alelado su voz pausada, matizada con suspiros, interrogaciones y admiraciones, que creaba cuevas monteses con brujas y monstruos, duendecillos y tesoros.

El sábado acompañaba a mamá al mercado. Mis manos se hundían en sacos de maíz y fríjol y canastas de frutas y verduras. Me mareaban la algarabía y el entrevero de gente y animales y me repugnaba la res descuartizada colgando en los garfios. Durante la semana hacía mandados y entregaba ramilletes de flores que mamá vendía por encargo. Recuerdo una casa con balcón y alero, portón de doble batiente con aldaba, zaguán coloreado por el vitral del contra portón, de dos hojas y con campanilla en el dintel, corredor solariego y patio empedrado. Mientras esperaba en la sala de pared empapelada,

techo alto y ventana de rosetón, miraba retratos de antepasados, cuadros de paisajes, cojines de cretona con pájaros y flores, candelabros de plata y muebles de caoba.

Al salir de la escuela remoloneaba, atento al rumor de la plaza, viendo pasar bueyes uncidos a carretas, buey de cerviz encallecida, ojo dulce y cavernoso, oreja sedosa y cuerno viejo; siguiendo con la mirada la paloma de pata áspera, buche pomposo y opalescente ojo de fuego, paloma que zurea, ahueca el ala, se acurruca y se desprende del alféizar. Me gustaban el almacén de telas con sus gasas y sedas, linos y lanas, satines y muselinas, la botica con aroma a colonia y talco y frascos con etiquetas doradas y tapones de cristal, la carpintería con maderos apilados, ceceo de garlopa y olor de pintura, trementina y aserrín, la talabartería olorosa a brea y cuero, la fragua con herreros de torso desnudo y sudoroso. Me gustaba caminar por las calles dormidas y avizorar las luces temblorosas de Aguadas en el horizonte.

Una vez fui con mamá al velatorio de un vecino. Me sentía como en un sueño mientras se alternaban rezos, sollozos y conversaciones. Me dirigí al ataúd y me empiné para mirar el cadáver que yacía amortajado con un hábito marrón, el rostro cerúleo, un pañuelo sosteniendo la mandíbula y las manos amarillentas sobre el pecho.

Una tarde, sentado en la acera con otros niños, oímos un rumor de gente. Corrí y vi a dos hombres

enfrentados con puñales, vi a uno recibir un corte en la mejilla, llevarse la mano a la cara, retroceder y caer y vi cómo el otro se le abalanzaba y le hincaba el puñal en el pecho. Ese hombre desangrándose en el asfalto, con la boca yerta y los ojos desorbitados por el horror me reveló la fragilidad del ser humano.

El domingo por la tarde íbamos mamá, Iván y yo al cementerio a cambiar las flores en la tumba del abuelo Abel. Varias veces asistí a exhumación de restos y vi al sepulturero tapiar la lápida con cemento. Recuerdo la muerte de Marco, un bello vecino de veinte años. Acompañé el cortejo al cementerio y cuando iban a cerrar el ataúd la madre se arrojó sobre el hijo y entre gritos lo besaba. Lloré mientras la sostenían, claveteaban el ataúd, lo bajaban a la fosa y lo cubrían de tierra. Esa tarde presentí la muerte en su enormidad y comprendí que todos moriríamos y que nada podría impedirlo.

Un día fui al cine matinal. Se apagó la luz, un cono de niebla luminosa voló sobre mí y estalló en relumbres, imágenes y voces que les hablaban a mis emociones. Volví a casa colmado de aventuras y convencido de que el cine era magia. Cada lunes buscaba el cartel que anunciaba el estreno y repetía el título y el nombre de los actores porque en ellos estaba la promesa de felicidad que me acompañaría los días siguientes. El cine Itaré se convirtió en un

refugio encantado y durante semanas las películas proseguían en mi memoria.

Iván compraba trozos de película, los añadía con cinta transparente hasta formar una tira que enrollaba y proyectaba en la pared mediante un artefacto construido con una caja de madera, una lente, un soporte para el rollo, una bombilla, un espejo y una manivela unida a una rueda dentada y a una cruz de malta. Nos encerrábamos en una habitación oscura, Iván encendía la bombilla del proyector, dirigía la luz a la pared, giraba la manivela y se producía el milagro del cinematógrafo. Otra de nuestras aficiones era la trasmisión del sonido: en el desván hablábamos por teléfonos hechos con hilo y vasos de cartón y por la noche escuchábamos emisoras en onda corta que nos entretenían con sus voces extrañas y remotas.

Cada tanto pasaba por el pueblo un circo con carpa de colores, volantines, saltimbanquis y equilibristas, payasos de cara pintarrajeada, enanos de voz aflautada, hombres en zancos lanzando fuego por la boca, animales amaestrados y prestidigitadores con traje de lentejuelas. Entonces Iván y yo inventábamos disfraces y máscaras. Envidiaba a los bomberos con sus cascos refulgentes y carros escarlata con campanilla, envidiaba a los exploradores del Polo Norte, a los actores, detectives y astronautas, pero durante un tiempo solo deseaba ser mago y paralizar a otros, desenterrar tesoros y volverme invisible.

Jugaba fútbol con pelotas de caucho o papel periódico, hasta que la tía Rosa me regaló un balón de cuero y el fútbol se volvió lo más importante. Jugaba en la calle o en canchas polvorientas, me agradaba ponerme el uniforme y, lleno de ufanía, desparramarme con los demás muchachos por el campo de batalla, correr tras el balón, dominarlo, adivinarlo, incrustarlo en la red y entre hurras y abrazos ser héroe por una tarde. Al terminar nos sentábamos en el suelo a hablar del partido, con los brazos rodeando las rodillas repeladas y sudorosas, las sienes latiendo y la cara encendida de alegría.

Tenía diez años cuando fui de vacaciones a la finca de unos parientes y descubrí el campo. Madrugaba para ver ordeñar las vacas y los trabajadores me daban un cuenco de leche tibia, los seguía al atardecer a arrear el ganado, los acompañaba a recolectar café, despulparlo, extenderlo en el patio, rastrillarlo y empacarlo en costales, los acompañaba a atar los caballos al palenque, abrevarlos, darles el forraje y cepillarlos, ponerles la montura y colgar los avíos y gualdrapas de las alcayatas. Me gustaba acariciar el pelaje de ese animal noble e infatigable, de frente altiva, ojo vivaz y grupa suave y dura, me gustaba el resoplido a pleno ollar, el belfo espumoso, el batir de cascos en el empedrado, me gustaba galopar con los talones apretados a los flancos y las piernas amoldadas a sus movimientos.

Me gustaban el vocerío del amanecer, el sonido de la noche, el croar de la rana, el murmullo del arroyo y el repiqueteo de la lluvia sobre el cañaduzal. Me gustaban las montañas ondulantes y volcánicas, florecientes y contemplativas que perfilan su joroba de gigante, montaña con fisura marmórea y caverna donde crece el cristal y gotea la estalactita, montaña boscosa que se nieva, se anubla, se refleja en el agua y se diluye en una fulígine de oro, cerro calcáreo, peñasco disgregado, picacho de cumbre rocallosa donde anida el ave guerrera, ave de testa altanera y aletazo que rasga el aire, ojo fiero y escudriñador, pico corvo y afilado, garra lacerante y uña rapaz, ave que despliega el ala, se encumbra, se cierne, vuela en círculo y se pierde en el horizonte; montaña de sol y sombra, de tiempo y lejanía. Me gustaba la hierba donde se hunde el pie desnudo, titilante de rocío, chispeante de margaritas, rumorosa bajo el viento, agostada por el sol y mordida por la helada, hierba que rodea rocas, bordea estanques, corre en oleada y brota a la vera del camino, montaraz, lujuriosa y pletórica de savia. Me gustaba el río henchido de lluvia que se despeña y pulveriza, se desliza entre juncos y guijarros, se cubre de polen e impregna de oscuridad, río de duro metal y blanda serpiente, de pez asido en la red del agua, delfín rosa y lagarto de ojo de berilo, piel granulosa y abiertas fauces inmóviles, río andariego que corre desde la aurora del mundo, lento río silencioso o veloz que atruena, río

de estero y estuario, remolino y meandro, imágenes e historias, río que fluye con mil nombres y un inmemorial susurro.

Me gustaban los caminos recónditos del bosque, tapizados de abrojos y hojarasca, camino que lleva al agua o trepa por la montaña, camino que se acerca y se bifurca, corre por la pradera y se detiene al borde del desfiladero. Me gustaba la verticalidad del bosque, su vida enmarañada y oscura, techumbre de fronda, rincón de agua y pabellón de verdor, su hechizado laberinto de savia y clorofila, aroma y trino, duende y dríade, tímido ciervo que rumia y se hunde en la espesura o salta por el peñasco, acorralado y exhausto, bosque palpitante de criaturas acosadas, de asalto en desbandada y ojo acechante que husmea el rastro de la presa, alto bosque del lobo que se amadriga y merodea, hocico levantado, ojo avizor, protegiendo su manada, bosque asaeteado por el relámpago, bosque que doblega la sien ante el ala del viento o bajo el escuadrón de la lluvia, bosque de niebla que asciende en el alba, de olor resinoso y racha pestilente, estrépito de madera quebrantada y chillido terrorífico. Me gustaba la barahúnda de pájaros que sestean, dan saltitos, se encaraman al pecíolo, se persiguen y se llaman con charloteo y regüeldo, gorgorito y cascabeleo, arrullo y burbuja de agua en la siringe, pájaro que canta de noche y duerme en el aire, oculto en el follaje, empavesado y colérico, abatido en vuelo, herido en la palma

de la mano, posándose, ahuecando el plumaje, atusándolo y desplegándolo como un arco de colores, pájaro aliado y huésped del árbol, pájaro de pico sondeador que rompe el agua y sorbe el nectario, pájaro con pupila azafranada y purpúrea que destella en la fronda, pájaro de ala y plumón, penacho y birrete, ala abierta en ascenso o replegada en picada, ala de vuelo batido o planeado, curvo o sigiloso, ala de borde desflecado que mitiga el viento, ala de doble coyuntura y pluma alcionera, imbricada y salpicada de espigas, pluma corta del arranque, pluma larga del borde del ala, filamentosa y con grueso cañón, pluma caudal y cimera, anclada a la carne u ovillada en el nido, pájaro del matiz de su canto, pájaro de escarcha y coral, de brasa y alto grito.

Me gustaban la cercanía y el sombraje de los árboles, fraternas deidades que se asoman a precipicios y cimbrean en collado y altozano, cruce de caminos y orilla de ríos, árbol añoso o en su primera floración, mecido por el aura, arrancado de cuajo por el vendaval y marcado por el relámpago, árbol que crece en arco y se cubre de rosas trepadoras, árbol de la longevidad y la sabiduría, árbol del pan, árbol madre, árbol eje del mundo, árbol de madera sonora, olorosa y noble, olmo lacónico, alerce solitario, sauce de mojado pie, yarumo plateado, cedro titánico, espino del aroma, castaño de rosado cono, álamo rumoroso, rododendro en flor, árbol con liana y raíz que se agarra y se sotierra, fuste corpulento,

grieta hospitalaria y tronco anillado, recubierto de espinas aceradas, galerías de gusanos, regueros de musgo y lagrimones de resina, árbol de hoja trebolada y jugosa o amarillenta que cruje en el sendero y se amontona en la cuneta, hoja que ofrece al trasluz su nervadura, cae en espiral y canta con la brisa, hoja sobre la roca o en el arroyo, hoja azul del eucalipto, hoja cordiforme de la dulcamara, hoja bifurcada del ciprés, hoja de contorno aserrado y vello suave, elíptica y geminada, peciolada y resbaladiza, punzante como lanza, expuesta a la luna o mordida por la granizada, árbol y matorral de fruto fragante y flor saxífraga, racimo de carnal exuberancia y resonante matiz, cáscara dura y cápsula leñosa, fruto sazonado o en agraz, seco o suculento, fruto que el calor revienta, el tacto desmorona y se come en la resolana, fruto de piel rugosa o recubierto de pelusa, fruto que revela al partirse un corazón de grajeas y celdillas, fruto acibarado que hiere la boca y perfuma el aliento, con valva carmínea y arilo anaranjado, pericarpo pulposo y semilla que se abulta, se rasga y estalla, semilla desnuda o vestida de sabor, con garfio, hélice y paracaídas que se adhieren al pelaje, semilla que se abandona al viento y envuelve el bosque en una humareda cobriza, árbol con flores tempraneras que se ofrecen al romper el día, pétalo colorido, recinto secreto y arquitrabe, estambre carmesí y roseta de licor, flor que vive un día y se mustia al tocarla, flor de boca voraz y espádice carnoso,

punteando la pradera, abrazada a una corteza o pendiente de su frágil tallo, invasora clemátide, azalea milflora, anémona temblorosa, negra flor del escaramujo, delicada flor del cerezo, martinete del hinojo, campanario de la reseda, rosa paradisial, orquídea seductora, primaveral glicina de pétalo balsámico.

Me gustaba adentrarme por senderos y observar la abeja danzar, aterrizar en el labelo, apretar la flor y doblegarla, abeja translúcida, de fina antena y ojo poliédrico escudriñando el néctar, cuerpo lanudo, abdomen anillado y trompa embadurnada de polen; observar la libélula de dos colas, cráneo enjoyado, cenefa azul y alas de gasa que vuela en zigzag, se cierne sobre canales y deja a su paso una nubecilla de plata, la araña afelpada que tarantulea y borda su filigrana, el insecto zapatero que surfea en la charca, la hormiga que se apresura y acarrea hojas a su galería, el escarabajo de escudo y coraza, antena cervuna y mandíbula que perfora y tritura. Me gustaba contemplar cortezas carcomidas y vermiculadas, países diminutos de musgo y hongos de capucha abanicada, me internaba en el mundo del helecho que tamiza la luz del sotobosque, se fija en la horcadura del árbol, se suspende en el aire y se tiñe de púrpura y añil, mundo silencioso, sin flor ni pájaro, de brillante verdor, larga hoja cincelada en encaje y festón, lacería y voluta, mundo de la noche de los tiempos que perpetúa formas primeras de vida vegetal.

Me gustaba correr por la pradera con los brazos extendidos imaginando que volaba en alas del viento, el vagaroso viento que tensa la vela y espolea y lleva a puerto el velero, que tañe la fronda y el arpa de la hierba, el viento alígero que caracolea, empuja el aspa, esfuma el rastro y dispersa las esporas, el viento sibilante que labra la piedra y lame la duna, trenza la crin del caballo y riza la piel del estanque, el cierzo fustigante que desgarra la bruma y despelleja, gime en la tarde y danza en la polvareda, el viento huracanado que aviva la llama y disipa la ceniza, ruge en la cumbre y arroja el águila contra la roca, el viento desmelenado que agosta, descuaja y desordena, el suave céfiro que amaina y marinea, el fresco, libre y rumoroso viento de la mañana.

En 1975 empecé el bachillerato. Mi asignatura preferida fue Geografía. Ante atlas y mapamundis, he imaginado países remotos, costas legendarias, puertos donde fondean barcas que llegan de ultramar y de donde zarpan cargadas de lavanda, pistacho y nuez moscada, rollos de muselina violeta, jengibre y bergamota. He buscado ciudades ilustres y bellas o polvorientas y abrasadas, ciudad con cabarets, bulevares y una vida bohemia de desenfrenada pasión, ciudad obsesiva y cruel o atildada y fastuosa, rutilante como cometa, taraceada como alhaja, coronada con bulbosa cúpula de oro y alminar de mármol serpentino, ciudad de iniciación con cafés donde

jóvenes artistas conversan bajo lámparas de bronce, ciudad para perderse o encontrarse, reconocible por el tacto y el aroma, recostada en las riberas, lavada por la aurora, desgastada por los siglos, ciudad bajo fuego y ciudad de la noche, amenazadora y atrayente con su laberinto de escabrosas callejuelas, ciudad milenaria que sólo habitan los huesos de los muertos, unas piedras denegridas y unos cipreses, fabulosa metrópoli del futuro aún sin forma, nombre ni lugar.

A los trece años descubrí la masturbación. Subía al desván, me desnudaba e iniciaba aquellos jugueteos. Aunque venían luego la culpa y los propósitos de enmienda, el efímero dique de la voluntad cedía ante el asalto del deseo. En clase de gimnasia, la hermosura de algunos compañeros me agitaba. Empecé a ir con amigos a cine, heladerías, discotecas, a dar una vuelta y a pedirles prestadas revistas pornográficas. Nos deleitábamos en el río con los chapoteos, gritos y risas de las muchachas y les admirábamos sus ojos maliciosos, bocas sensuales, gráciles cuellos, senos túrgidos y movimientos cadenciosos. Yo aspiraba el aura perfumada que las envolvía, pero mi atracción era hacia ellos. Me preguntaba si solo a mí me gustaban los muchachos. ¿Por qué no compartía el interés de mis compañeros por ellas? ¿Por qué debía renunciar a mi deseo?

En esos días obtuve la tarjeta de lector en la Biblioteca Joaquín Antonio Uribe y empecé a visitarla. Durante meses leí la revista *Selecciones* y aquellos libros delgados y coloridos con las historietas de *Tintín*. Pero una tarde me aventuré en los anaqueles y descubrí *El retrato de Dorian Gray*. En meses siguientes leí los cuentos de hadas de Oscar Wilde, *El Principito*, *La vida es sueño*, *Hamlet*, *Héctor Servadac*, *Huckleberry Finn*, *Los viajes de Gulliver* y *Robinson Crusoe*, con cuyos héroes me entusiasmé al punto de interpretar a *Hamlet* en una representación escolar. Me cautivó ese mundo habitado por seres que nos inspiran, nos transportan y hacen correr nuestra sangre más de prisa, seres de tinta y papel a los que la imaginación da rostro y voz, seres audaces, valerosos y aureolados de gloria. No podía sospechar que, al penetrar en el recinto de la literatura, mi vida se poblaría con tantos amigos invisibles e imágenes inolvidables: la estela de los bajeles en el vinoso ponto, Ulises llorando al reconocer el perfil de las rocas natales, Clitemnestra avizorando funestos fuegos, Dido abandonada, las sombras de Dante y Virgilio descendiendo al averno, Macbeth ensangrentado, los cascos de Rocinante levantando una nube de polvo manchego, Werther llevándose la pistola a la sien, el *Pequod* surcando mares, una flor cenicienta traída de un jardín futuro, el gato de Cheshire, Aliosha Karamazov de rodillas ante las estrellas, un dieciséis de junio en las calles de Dublín, el sabor de una magdalena…

Hasta los quince años rezaba cada noche la oración al ángel de la guarda, asistía a misa el domingo, me confesaba el primer viernes de mes y no me perdía las procesiones de la semana santa. Me conmovía el drama de Cristo, me atraía la poesía del evangelio y me agradaban la penumbra y el aroma de las iglesias, el sonido hierático del órgano y el cántico de la liturgia. Fui monaguillo, vestí el paño de pompa mayor, porté el incensario, despabilé las lamparillas, subía a la torre y veía el pueblo extendiéndose hacia el campo y el campo extendiéndose hacia el horizonte. Aprendí a manejar las cuerdas del campanario y a distinguir el tañido ligero que anuncia las vísperas, el repique mohíno de los oficios fúnebres, el timbre claro de los domingos y el toque de rebato de las festividades. En el lavatorio de pies era un apóstol y en las procesiones de ramos, viernes santo y resurrección caminaba entre los feligreses o ayudaba a llevar los estandartes y los bastones en que los porteadores apoyaban las andas. Pero el martirio de Carmelita me hizo dudar: si Dios había permitido ese suplicio, entonces era un ser cruel. Me desconcertaba saber que la católica era una más entre cientos de religiones, no creía en milagros ni en el más allá, me repelía la obsesión de los curas con el tema del sexo y la simpatía morbosa por el dolor y la mortificación. Una vez, de rodillas ante el confesor, me acusé de haberme masturbado y, a través de la rejilla del confesionario, preguntó: ¿*Cuántas veces*?

Empecé a recelar el engaño, a cavilar en qué perdía yo y qué ganaba Dios por una más o una menos. Me cansé de las viejas ficciones hebreas con su dios vengador y ávido de zalemas, me cansé de ese mundo medieval de señoras enlutadas, de las cadavéricas imágenes de yeso y de la interminable misa dominical. Persistió el estremecimiento ante el misterio, la búsqueda de lo sagrado y la nostalgia del origen, pero empecé a ver la religión como una forma admitida y peligrosa de locura.

Me hastié de frías madrugadas, ejercicios memorísticos, lecturas obligatorias y lecciones no aprendidas. Detestaba estar sentado, con los codos sobre el pupitre y la mirada en la pizarra, sin derecho a pararme o a una cabezada. Empecé a odiar la severidad, el deber y la autoridad. Ansiaba escapar, y así lo hacía: una o dos veces por semana huía, vagaba por la pradera o tomaba el camino del río. Permanecía inmóvil, tumbado sobre el pecho de la tierra, sintiendo su latido, absorto en el movimiento de un insecto o en la arquitectura de un diente de león, o acariciaba el agua de una acequia que bebería en el cuenco de la mano. Escalaba la montaña en cuya ladera está recostado el pueblo y en la cumbre me tendía en la hierba a ver cambiar las nubes de la tarde, nube cabeza de dragón, balido de lana, vientre de paloma, nube que repta, se amontona y despliega su dosel de bruma y lluvia, nube veloz como velero, encumbrada por el viento y alanceada

por oblicuo oro, nube festoneada y nívea que se quisiera tocar, nubarrón de frente tormentosa, ribete flameante o plumón arrebolado, cendal del crepúsculo tocado con la triste belleza de lo efímero, nubecilla soñadora que viene y se va como la vida que pasa y nunca vuelve.

A principios de 1979, llegó al colegio un muchacho esbelto y acanelado, ojos almendrados y labios sonrientes. Durante el recreo lo seguía con la mirada. A veces lo encontraba en la calle, en bicicleta y con la gorra al bies. Martín se convirtió en dios de mis ensueños y me propuse ganar su amistad. La oportunidad llegó una mañana de junio, blanco junio de alto cielo y ala abierta, junio que navega por el río con remo de brisa y velamen de sombra, junio que se adormece en el violeta de la tarde, junio floreal con su manto de polen y perfume de abeja. Caminaba por la plaza con mi patineta en la mano cuando lo vi. Monté en la tabla, me lancé cuesta abajo y le sonreí al pasar por su lado. Poco después éramos amigos y empezó mi época soleada y praderil. Nos encontrábamos el sábado e íbamos al río en nuestras bicis, bordeando los campos amarilleados de maizales y naranjos. No había para nosotros alegría comparable a la de montar en bicicleta y de pie sobre los pedales apurar las curvas sigilosas y veloces, esprintar, doblarse sobre el manubrio, hacerlo girar, soltarlo y con el viento en la cara partir a la conquista de nuevos territorios.

Días de brillo de plata, esperando a Martín en una banca de la plaza para dirigirnos al río. Acodados en el pretil del puente de madera mirábamos peces y guijarros, nos lanzábamos al charco, nadábamos, jugábamos a salpicarnos y sumergir al otro y rebotábamos piedrecillas al ras del agua. Cuando nos cansábamos, nos tendíamos en la hierba y hablábamos de nuestras vidas mientras compartíamos una mandarina. Yo contemplaba los visos de su torso y los hoyuelos en la base de la espalda donde se vislumbra piel más clara, contemplaba aquel cuerpo trémulo de frescura.

A finales de 1980 fui con mis compañeros de clase a Cartagena a conocer el mar. A través de la ventanilla del bus vi desfilar plantaciones de banano, pueblos con bohíos de madera y techo de paja, la hamaca balanceándose, la piragua cabeceando y la red tendida al sol, vi hombres limpiando el camino y vendedores de refresco y tajadas de sandía, vi novillos de fuerte pecho y larga cornamenta, árboles con hoja de pelusa nacarada y fruto que centelleaba entre las ramas, guacamayas de párpado aletargado y oropéndolas de grito multicolor. Al mediodía el aire salobre nos anunció el mar. Me veo chapoteando en sus aguas, acariciado por la brisa y mecido por la ola o caminando por la playa bajo las constelaciones de la aurora, vuelvo a verme ante ese mar cosmogónico del que partió la vida con pie escamado y cola vestigial, mar

de batallas, naufragios y estatuas mutiladas, verdinosas y sembradas de moluscos y conchas espiraladas, concha venera, concha pagoda, concha burbuja, concha rodada y limada por el oleaje, mar con sol, mar en la bruma, mar agitado que respira y muge, castiga la roca, la barre y la sumerge, roca dentada como garfio y crispada como mentón de bruja, roca rezumante, apiñada o solitaria, cubierta de musgo y de algas acintadas, henchido mar de hipocampo y anémona de fuego, medusa cristalina y tortuga acorazada arrastrándose por la arena y reluciendo al claro de luna, tortuga laúd, tortuga pico de halcón, tortuga leopardo, mar de cielo bonancible o rayado de funesto presagio, mar bajo el arco estrellado de la noche, mar oleaginoso que mece el cadáver del albatros, mar color de vino, abierto por la aleta y acariciado por la sombra azul del cormorán, mar que es uno y diverso y es salitre, centelleo y brisa aguamarina, rojo mar de fisura basáltica, fosa y fumarola, témpano a la deriva, costa de palmera y orilla de manglar, bravío mar de península florida, atolón madrepórico e isla aluvial y coralina, volcánica y paradisial, isla que se esconde tras la lluvia, levanta el testuz al primer sol y despliega sus colores al disiparse la neblina, isla remota y melodiosa, nevada por fulmares y cruces de marinos, mar de peces abrigados por el agua y la noche, pez ángel, pez cofre, pez vela, pez de aleta ondulante, flanco irisado y cauda bermellón, pez como aguja, pez lanceolado y sigiloso que persigue y

despedaza, mar de oceánida y endriago, sirena y nereida, alción y pelícano, ibis y martinete, alcatraz y gaviota reidora que vuela en el regazo de la ola, pájaro que anida en acantilado y empolla huevo de cáscara esmaltada y mimética, pájaro de ala ensangrentada y canto estridente y gutural, congregándose al caer la tarde, batiendo el ala, afilando la garra, extendiendo el plumaje, furibundo y vocinglero, mar de agua rota por remos, haz de faros y empellón de espolones, agua estelada por barca de proa broncínea y purpúreo velamen, navío de alto bordo, estevada popa y grotesco mascarón, la vela henchida y atiborrado de sándalo y áloe, cúrcuma y canela, barca de vela en jirones que flamea y lucha contra el viento, vela ligera como mariposa y firme como ala de dragón, arrizada o a mitad de mástil, barca enarbolada e impaciente por partir, barca a la fuga rompiendo la niebla y arrostrando la tempestad, la cuaderna barrida por la ola y la botavara herida por el cierzo, barca reducida al esqueleto de las tablas, carcomida por mejillones y corroída por orín, barca que sirga y se escorza, se adriza y dobla airosa la punta del cabo, mar de esquife y fragata mecidos por viento aullador y glacial, alisio y contralisio, tromba y simún, terral y vendaval, mar de corsarios y marinos que se van y no regresan, marinos que conocen el hambre y la soledad, el escorbuto y la pelagra, marinos recostados en varengas, entonando salomas o merodeando en dársenas y malecones de puertos temblorosos en la calígine

del amanecer, puerto rumoroso de acentos y gritos de estibador, puerto de mástil y espira, rostro y destino, largo adiós y pañuelo blanco, puerto de levante y poniente, del pasado y el futuro, mar de cangrejo enmascarado y zanquilargo que se apresura por el fango, se empina y ondea la pinza, cangrejo ermitaño, cangrejo violinista, cangrejo samurái, mar de cardumen que valsea en prados de fitoplancton, se dispersa y vuelve a formarse en escuadrón, mar de lamantinos, manatíes y delfines que se acarician y persiguen, delfín retozando, tritoneando, cabrioleando a proa, alígero y reluciente, mar de narval unicorne, rorcual aliblanco y yubarta que repite su melancólica canción de amor y lejanía, ballena filtradora y apacible, de potente surtidor y majestuosa salpicadura, ballena que pace y nada con su cría, varada en la orilla o arponeada y debatiéndose entre espumarajos de furor y sangre, proceloso mar de olas que columpian estrellas, ola atronadora y enhiesta que se deshace en otra ola y en otra ola, revienta contra arrecifes, socava orillas y enluta costas, ola que alza el cuello y corre tras el navío, ola alada y cadenciosa que repta por la playa, ciega las huellas y despliega tesoros sobre la blanca arena.

Terminado el bachillerato, debía emigrar a Medellín a buscar trabajo. La víspera del viaje fui al río con Martín. Regresamos al pueblo de noche y nos quedamos pedaleando en la plaza desierta. La luz de los faroles le

bañaba el rostro sudoroso. Nos despedimos con un abrazo, callados y sin mirarnos. Años después estuve de paso por Sonsón. Martín ya no vivía allí. Tantas cosas me habían ocurrido, tantas imágenes se habían desvanecido; había olvidado a la mayoría de mis antiguos amigos y de otros apenas quedaba un nombre o una anécdota. Pero aquel Martín de largas pestañas seguía en mí.

Un atardecer de abril de 1981, me despedí de mamá e Iván y abordé el bus. Cuán triste fue dejar el pueblo y decir adiós a los días de mi enamoramiento, días de resplandor variable, alciónеos o grises, azules o brisados, días con rosas que atravesé cantando, días sin sombra que se van entre los dedos como un arroyo o escarpados y difíciles de remontar, días sonoros como arpas, pletóricos de alas, cadencias y reflejos.

Me acuerdo cuando vi Medellín desbordante de luces y misterio. Acodado en el marco de la ventanilla del bus, admiraba aquella galaxia urbana preguntándome qué me depararía la ciudad, qué avenidas se abrirían a mis pasos, cuáles de sus habitantes serían mis amigos o mis amantes, preguntándome si lograría dibujar un signo o me quedaría en el anonimato.

Llegué a vivir con mi padre. Meses después mamá, Iván, el primo Alejandro y las tías Rosa y Carolina se nos unieron, alquilamos una casa y reanudé la vida familiar. Hasta ese momento papá me había tratado poco.

Por primera vez y mientras me mostraba la ciudad y me enseñaba la nomenclatura, subíamos a buses, caminábamos por el centro y al anochecer entrábamos en bares donde él bebía aguardiente y fumaba, cantaba tangos y hablaba de sus andanzas por Colombia cuando fue agente viajero, de los días en que Carlos Gardel se mató en Medellín y en que mataron a Jorge Eliecer Gaitán en Bogotá.

Empezó mi vida de *flâneur*. Me aventuraba en calles donde el silencio es magnificado por un repicar de pasos o un rumor de neumáticos, calles en laberinto, encabritadas y pedregosas o coloridas como barca naufragando en la marejada de la tarde, callejas de cuesta fatigada que serpean a su antojo, abiertas al azar, desbordantes de hojas secas y pétalos caídos, bulevares azotados por la lluvia o barridos por el viento, callejuela en zigzag o en recodo, callejón sin salida del recuerdo, encrucijada interminable del deseo, calle de todos, calle sin nombre, calle de siempre, ensoñadora como un jardín o bulliciosa como una fanfarria, avenida del triunfo y la rebeldía, esquina del encuentro y el adiós, calle última de la madrugada, calle apenas, ensangrentada por noche de tormento, sórdido vericueto, sentina de lujuria, arrabal de mala fama donde me adentraría en busca del placer.

Veía gamines durmiendo en aceras y aspirando pegamento, a desarraigados y mendigos escarbando en cubos de basura, huroneando bajo los puentes y

prosiguiendo su camino como fantasmas. Y veía perros callejeros, polvorientos y azorados, con ojos hambrientos y colas humilladas. Presencié peleas y palizas policiales, fui testigo y víctima de atracos, vi motociclistas tirados en la vía y peatones y animales atropellados. En cualquier momento se oía el tiroteo o la bomba. Más de una vez corrí entre balas y cristales rotos y vi cadáveres en aceras, a orillas del río, en cunetas o entre carros, cadáveres sobre el asfalto, con las rodillas dobladas y el cabello apelmazado por sangre y barro. Un anochecer de 1991, caminando por la calle San Juan, me sacudió el trueno de un bombazo. Me abrí paso entre el gentío que salía de la corrida de toros y huía y vi carros y cuerpos en llamas y oí el grito de los heridos. Seguí de largo entre el resplandor volcánico del atardecer y el ulular de las sirenas…

Y, sin embargo, cuánto llegué a querer la ciudad, sus montañas, avenidas sombreadas y parquecitos arbolados, los colores del verano y la frescura nocturna. Me encantaba la visión de Medellín acurrucada en el valle y dormida en su manto de luces, las aceras y calles sumergidas bajo pétalos de guayacán en flor, el aire sensual y vibrante.

Descubrí la Biblioteca Pública Piloto. Me gustaba aventurarme en los anaqueles, me gustaba ese ámbito de silencio, soledad y sabiduría. Me gustaban los libros

bellos, escudriñarlos, acariciarlos y olerlos. Cuántos libros han pasado por mis manos, cada uno con su íntima fragancia, libro con letra sobredorada al fuego en el lomo y cantonera de tafilete, guarda de seda y frontispicio, tipo redondo, capitular y viñeta, libro magníficamente iluminado, edición en rústica, de doble columna, hoja granulosa y pliego para cortar, tomito de poesía para llevar en el bolsillo y leer al aire libre, a la sombra de un árbol, libro abierto entre las manos o sobre las rodillas, libros polvorientos, fatigados y carcomidos por la humedad, libros y más libros y ese aroma a papel, tinta y cola de encuadernar, rareza literaria adquirida en librería de viejo y que nos transporta a otro mundo, obra subyugante que no dejamos hasta llegar a la última palabra, libro venerable que nos encumbra y esclarece y ha de acompañarnos, libro melodioso que acuna o filoso que deja cicatriz, libro caudaloso donde hierven pasiones y resuenan gritos que estremecen la tierra, donde hay destellos de espadas y personajes de sangre y furia, libro ennoblecido por los siglos y cuya página desprende leerse un delicado perfume de inmortalidad.

Una noche, en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, estuve en una conferencia donde crucé unas palabras con un señor sentado al lado. Al despedirnos me anotó su nombre y número de teléfono. Ebel Botero era un cincuentón de sienes entrecanas, cejas negras y

espesas, pelo lacio peinado hacia atrás. Los labios finos y severos, las mejillas cuidadosamente afeitadas y los anteojos permanentes le daban aire clerical. De joven fue seminarista en Manizales, su ciudad natal, y más tarde estudiante y catedrático de humanidades en la Universidad de California y en universidades colombianas. Era columnista en varios periódicos, autor de dos libros de crítica literaria y de otro sobre homosexualidad. Retirado de la academia, se había establecido recientemente en Medellín y estaba escribiendo una novela que titularía *Los ángeles de Sodoma*. Además de ser gran lector y políglota, era conversador exquisito, le complacían las expresiones latinas, las etimologías y la poesía española del Siglo de Oro. En mi primera visita me leyó la *Égloga Segunda*, de Virgilio, que él tradujo del latín, y el poema *Birds in the Night*, de Luis Cernuda, a quien trató personalmente en la Universidad de Berkeley. Pronto el mejor momento fue mi encuentro con Ebel, en su apartamento, acompañándolo en sus caminatas o al Salón Versalles donde solía tertuliar con amigos.

Con motivo de mis dieciocho años, Ebel me obsequió *Narciso y Goldmundo*, de Hermann Hesse. Terminé el libro con deseo de aventuras y lejanías. Quería como Goldmundo, peregrinar y ver la Tierra, vagar por montañas y soledades. Y volver al hogar curtido por sol y viento, encuentros y experiencias.

Con *Siddhartha*, me acerqué a la civilización hindú y su mitología. Me encantaron las leyendas de Brahma, viejo dios que sueña el mundo y se pregunta quién es, de Shiva ermitaño cósmico y danzante destructor de mundos, de Visnú dios de la preservación, de Kali oscura y feroz diosa del bosque, de Indra dios de la lluvia o de innumerables Indras en mundos paralelos, de Ghanesa con cabeza de elefante y de Hanuman rey de monos. Me encantaron las historias de Krishna, quien en noche de luna llena toca flauta a orillas del río Yamuna hechizando animales, demonios y vaqueras, el seductor de ojos de loto que roba los vestidos de las nodrizas que se bañan en el río, el divino auriga que en el campo de batalla de Kuruksetra, revela a Arjuna, arquero pandava, la naturaleza del mundo y lo exhorta a actuar de acuerdo con su *dharma* de guerrero y a combatir con fuerza y valor como si el combate sirviera para algo, el dios azul que mata al demonio Kaliya convertido en cobra y danza sobre su cabeza, el travieso Krishna que sostiene el monte Govardhana con su dedo meñique y oculta en su boca el Universo.

En *Peter Camenzid* y otras obras tempranas de Hesse, encontré el nombre de Francisco de Asís, fraile y poeta medieval, hermano del sol y la luna, el árbol y el pájaro, el pez y la flor, la lluvia y el viento, romántica figura de la que me encariñé. Por Hesse supe de los horrores recientes de Europa, de los cuerpos destripados por obuses

En la Ribera del Olvido ● *Deslumbramiento* ● Carlos Framb

y sepultados en trincheras, de las ciudades arrasadas, las alambradas, las colinas de zapatos y las duchas de gas, del rastro de cadáveres en la nieve ensangrentada y de los hongos de Hiroshima y Nagasaki.

Cuán fascinante era leer a Hermann Hesse y dejar que su palabra me tocara. Con sus historias y personajes forjados con el aliento de la vida, Hesse llegó a mí de la nada y en unos meses se volvió una bella realidad y un aliado en las luchas de la adolescencia. Mi rebeldía y mi obstinación se fortalecían con la lectura de este maestro, quien me ayudaba a encontrar huellas perdidas, me animaba a proseguir mi camino y me enseñaba a amar la soledad.

Pasaba los días en la biblioteca o vagando por la ciudad, tendido en los prados y entregado a mis ensueños. Sentía el llamado de lo desconocido, quería precipitarme en la noche, vivir entre los perdularios y los parias. Entonces llegó a mi vida Arthur Rimbaud. Me enamoré de ese adolescente de melena alocada, crueles ojos celestes, aire atorrante y desgarbado, quien huyendo del infierno de Charleville y de una madre insoportable, marchó a París con un billete de tercera y el manuscrito de *El barco ebrio* en el bolsillo, anduvo del brazo de Verlaine por salones y tabernas, recorrió a zancadas los bulevares hormigueantes, con una pipa entre en los dientes y los puños en los bolsillos, conoció la absenta y el hachís, el hambre y la

orfandad y durmió al raso con perros callejeros. Quería ser como él, escribir poemas fulminantes y desesperados, ser hermoso y blasfemo, vivir temerariamente y dar testimonio del mundo en una obra literaria.

Y con Rimbaud me aficioné a los poetas malditos. Admiraba sus destinos azarosos, su ebriedad y su pasión; admiraba aquellas vidas desgarradas y rebeldes y me atraían esos hombres capaces de trasmutar su vida en poesía y en música su soledad.

Con frecuencia evocaba a Goldmundo y Rimbaud y sentía el afán de marchar ligero y sin destino, de pisar el barro del camino y sumergirme en la neblina. Una mañana de septiembre me eché el morral a la espalda, me dirigí a la estación del tren y emprendí mi primera gran excursión. El tren traqueteó sobre raíles olorosos a alquitrán y dejando atrás un remolino de polvo franqueó el límite de la ciudad, bordeando praderas consteladas de rocío, caminos que se perdían en la vegetación y ubérrimos campos donde se mecían espigas, dejando atrás reatos de mulas y campesinos arando un sembrado, parando en pueblos agrupados alrededor de un campanario y en estaciones de pared blanca y tejado bermellón.

En días siguientes hice *autostop* o caminé hasta la caída de la tarde por reverberantes carreteras. Me adentraba en el bosque y leía pasajes de *Cartas a un joven poeta*, de Rilke, *El caminante*, de Hesse, y *Viaje a pie*, de

Fernando González; me dejaba llevar por el rumor del viento, respirando la fragancia de la hierba y la frescura de la brisa, caminaba por senderos solitarios bajo el resplandor matinal o en la tarde clara, me inclinaba en la balaustrada de un puente a observar el rielar de las sombras, saciaba la sed en acequias, comía frutos silvestres y me bañaba en manantiales. Al anochecer me alojaba en albergues o encendía una fogata y dormía sobre hojas secas y bajo un manto de estrellas.

Después de unas semanas se agotó el dinero y tenía que regresar a casa. Llegué al atardecer a la estación, fatigado, hambriento, cubierto de sudor y polvo y me senté en una banca a esperar la salida de algún tren hacia el sur. Mi plan era viajar de polizón. Un joven moreno y alto, de anchos pómulos y ojos vivaces se sentó a mi lado. Se llamaba David, era cartagenero y esperaba tren hacia el norte. Me recomendó aguardar un tren de carga que pasaba a medianoche y llegaba a Medellín al amanecer. Salimos al relente del anochecer y caminamos sobre los durmientes del ferrocarril. La brisa le revolvía el cabello y le acariciaba el torso a través de la camisa entreabierta. Nos detuvimos en un paraje solitario, nos sentamos sobre unas traviesas abandonadas, se acercó, me rodeó con los brazos y sentí el roce de sus labios y su lengua en mi boca y una ola de calor en el cuerpo. Le pedí que se desnudara y su ropa cayó descubriendo la tersura y musculatura de la juventud. Mi mano se

hundió en su cabellera, resbaló por la nuca, palpó la morbidez del hombro, reconoció la ondulación de la espalda y en el límite entre su piel más íntima y la noche, la breve y abrasadora llama del amor me envolvió.

A medianoche llegó el tren. Poco después sonó el silbato, los vagones rechinaron y empezaron a avanzar. Trepé al techo del tren y me tendí de cara al cielo, con los brazos extendidos. Ante mí, girante y exorbitante, estaba la noche con su tiniebla y su recamado de alhajas sobre el hombro, noche de alta pared y hondo corredor, noche que anuncia la luz y la anonada, noche que viene con seres de ensueño y enjambre de insectos, noche que se despeña por la montaña, avanza por el camino y entra como una mariposa por la ventana, noche de placer efímero y larga acera, palpada y caminada, noche blanca del solsticio, noche verde de la pradera, yegua de negro ijar, espejo de tinta y azabache, archipiélago de galaxias encaradas o de canto, hermosas o estrafalarias, galaxias que se alejan en el flujo de Hubble, pletóricas de estrellas que se deslizan entre árboles y lamparean como luciérnagas, estrella moribunda o salida apenas del cascarón, estrella que guía ave y navío, estrella como aljófar en el cuenco del buscador, estrella en el cenit y el nadir, enana que colapsa y supernova que estalla, cefeida pulsante y binaria que se eclipsa, estrella de color, azul Vega, Arturo dorada, amarilla Capela, rojas Aldebarán y Betelgeuse, gigante verdeazulada de Las Pléyades o blanco

mate de las lluviosas Híades, estrella con su cortejo de mundos que cabecean como trompos, con anillos que orbitan cual arco iris nocturno y biseccionan el firmamento, mundo envuelto en aureola de sodio y franja voraginosa, roto por asteroides, abrasado por erupciones y limado por tormentas, mundo huérfano y helado donde la luz no ha sido vista o mundo exuberante y húmedo que resuena con la polifonía de la vida, mundos hermanos, Plutón y Caronte en paso a dos, azul Neptuno de rugiente carcajada, Urano ladeado, Saturno majestuoso señor de los anillos, Titán enmascarado, Júpiter huracanado rey de los planetas, Marte belígero y rojizo, Venus perla del crepúsculo, Mercurio de alados pies…

El tren se detuvo, hombres con gorra calada hasta las cejas alumbraron con linternas y me obligaron a bajar. Avancé unos pasos en la tiniebla, me derribé en el prado y me dormí. Coros de pájaros y aullidos de monos me despertaron a un mundo en sombra, me incorporé y me senté en postura de loto para saludar la aurora. Filamentos de rosa y lila se insinuaron, el aire se llenó de vislumbres, la hierba centelleó, las estrellas se apagaron y de entre las aguas de un río cristalino irrumpió, gloria del día, el astro Sol, ojo endiablado que restalla y calcina, desgarra la niebla, bebe el agua de la acequia, levanta el tallo y fermenta la carroña, Sol tramontano y vespertino, velado por una nube, escondido tras una ola o eclipsado por una flor, Sol que incendia la hoja otoñal y

funde la nieve, Sol obnubilante, Sol a plomo, implacable en el rostro y absorto en la retina, Sol rasante que muerde la noche con saeta dorada y anega el planeta de viento y luz tornasolada que titila en la concha, el pétalo y la pluma, titubea en el umbral de la gruta, pule el cristal y pinta el aire, luz que nos rodea y se demora en el contorno, se absorbe e irradia, se curva y vuela en haces, proyectando siluetas, claroscuros y sombras sobre la pradera y el río, sombra ligera de pájaro en vuelo, sombra rosada sobre la piedra, fugitiva como relámpago, sombra que repta por recovecos del bosque, sombra tras el talón, abrazada a las cosas, sombra del ocaso que se alarga, sombra de sombras, lenta como caracol o que se estira como gato, resbala por el muro, sube de puntillas los peldaños y se dobla con desgarbadas patas, antigua luz de los confines, luz macilenta del recuerdo, lóbrega luz de la melancolía, luz volandera que parlotea en el follaje, espejea en la piel y varía de matiz según la hora, luz plenilunar que se derrama sobre casas y patios, arcos y puentes, torres y cúpulas, luz del silencio, luz en el agua, encabritada o trémula, a veces partícula y a veces onda, luz en catarata interminable y a velocidad suprema, luz a borbotones, raudales y diluvios, surtidores y torrentes de luz itinerante y alucinada en su esplendor.

Tenía diecinueve años y las manos vacías. Quería escribir poemas que celebraran el hechizo del mundo, pero

en vano enfrentaba la hoja en blanco. Entonces llegó a mí un libro que me encaminaría por la escritura: *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar. Me conquistó su estilo desnudo y luminoso como un templo griego. Además de trazar con maestría el perfil de Adriano y ser una meditación sobre el poder, la novela era el fresco de un mundo heroico del que yo sabía poco. No había leído prosa más serena, ni páginas más sublimes que la descripción de los viajes de Adriano, poderoso y en la cúspide de su destino, ni pasajes más conmovedores que el encuentro con Antínoo al borde de una fuente, la ascensión del Etna para contemplar la aurora o la muerte de Antínoo y el dolor del emperador.

Empecé a buscar imágenes de Antínoo en enciclopedias y libros de arte. Contemplaba el rostro finamente cincelado, el pómulo alto, el párpado con pliegue asiático, la nariz de línea firme y la boca voluptuosa. Contemplaba la efigie de ese efebo y pensaba que si mi ambición de ser poeta era ilusoria, sería preferible morir en el apogeo de la juventud. Decidí ahogarme cuando faltaran veintisiete días para cumplir veinte años, que, según *Memorias de Adriano*, era la edad de Antínoo cuando se arrojó a las aguas del Nilo. Busqué la fecha en el calendario y un río en el mapa. Como disponía de meses, emprendí la escritura de una carta de despedida que después de ampliaciones y retoques sería mi primer poema: *Antínoo*. Llegó la fecha señalada, la carta estaba

escrita, pero la resolución suicida se había desvanecido.

Leí otros libros de Yourcenar y admiré la amplitud y profundidad de su obra y el lenguaje rico en alusión y silencio; admiré a esa mujer nómada, obstinada y capaz de compenetrarse con los seres, fiel al designio de comprenderse y expresarse a través de la escritura. Gracias a Yourcenar conocí a Constantino Cavafis. Me sorprendió la audacia de los breves poemas que Cavafis no cesó de perfeccionar y repartía en copias mecanografiadas entre amigos. Desde entonces me ha acompañado esa poesía teñida de memoria y deseo, reflexión y amargura, encuentro y separación.

Yourcenar y Cavafis me revelaron la Antigüedad. Me acerqué a la mitología griega con su cortejo de dioses joviales, ninfas retozando entre adelfas, sátiros coronados de hiedra y faunos tocando el caramillo en un viñedo. Leí a Homero, el hacedor mendicante, viejo y ciego que cantó la ira de Aquiles, señor de los mirmidones, la hermosura de Helena, el entrevero y destellar de las armas, la sangre y polvareda de la batalla y el exterminio de héroes al pie de las almenas de Ilión, y que narró las vicisitudes de Ulises y su bajel que buscan por los mares una isla de piedra. Me conmovieron el encuentro nocturno de Aquiles y Príamo y el llanto de los corceles Janto y Balio por la muerte de Patroclo. Y me asombraron las imágenes de Ulises atado al mástil para oír sin peligro el canto de las sirenas y cuando llora al escuchar sus

propias hazañas en boca del aedo Demódoco. Leí los *Diálogos* de Platón, el viejo maestro de hombros anchos, y me entusiasmé con la ciudad de las ideas, la doctrina de los arquetipos, los debates sobre la inmortalidad, el amor, la virtud y la belleza y, ante todo, con Sócrates, ironista sublime, sileno descalzo, mago del verbo que sedujo a la juventud ateniense y que mientras le preparaban la cicuta aprendía un aire de flauta *para saberlo antes de morir*.

Me sentí unido a los griegos, pueblo apasionado y curioso que inició la explicación racional del mundo y exaltó la belleza y la amistad viril. Hélade, legendaria madre de héroes, Grecia del exceso y el equilibrio, del día délfico y la noche eleusina, del capitel jónico y la columna dórica, del valle de Tempe y la pastoril Arcadia, Maratón y las Termópilas, la Atenas de Pericles y la pléyade de poetas laureados, augustos geómetras y maestros del silogismo. Grecia, nombre que evoca lo excelso y cuya grandeza percibimos en el bronce del verso homérico y en los coros de los poetas trágicos, en las historias del rey de pies heridos, del hombre con cabeza de toro y del pastor que fue amado por la Luna, en la estrofa sáfica, las bucólicas de Anacreonte y los idilios de Teócrito, en el devenir permanente de Anaximandro y la flecha inmóvil de Zenón de Elea, en el átomo de Demócrito, el río de Heráclito y la armonía de Pitágoras, en la ataraxia epicúrea, la mesura estoica, la lógica aristotélica y la

geometría euclídea, en el tonel de Diógenes y la espiral de Arquímedes, los atletas de Píndaro y el Batallón Sagrado de Leónidas, en una moneda que perpetúa el perfil de Alejandro de Macedonia, en una cabeza cincelada por Fidias o en la mirada marmórea de un lascivo dios praxiteliano.

Me convertí en un noctámbulo, me gustaba adentrarme en las calles y detenerme bajo la luna triste de la madrugada. Empecé a ir de bares donde acodado en la barra saboreaba la conquista. Días aquellos de noches libertinas y placeres prohibidos, la escalera en penumbra, el cuarto de hotel, el resplandor de una piel contra la sábana, la inquietud matinal, la ropa en desorden, la ducha fría, el café amargo, la esquina del adiós… Cuántos amores de una noche en un hotel de paso, amor mercenario, sin preguntas, sin amor ni día después, amor de una vez, precipitado y sediento, amor de oscuridad, a medio vestir, amor que pudo ser y no fue, amor que dura lo que dura una palabra, frágil como una burbuja de aire, leve como la sombra de un ala, efímero como el roce de un hálito… Vuelve a mí la intimidad de un cuerpo, una dorada desnudez, un labio adolescente, la quemadura de un beso, una fragante cabellera adormecida en un desorden de violetas.

Una tarde en el café La Arteria, conocí a Héctor Alzate, profesor de física en la Universidad de Antioquia. Nacía una de esas amistades que nos unen a un lugar y una época, amistades hechas de conversaciones hasta el amanecer y carcajadas joviales, libros leídos y poemas recordados, de noches de vino y de guitarra, de lágrimas y risas, amistades que no están sujetas a horarios ni promesas, amistades que al perderse dejan un vacío que cuesta llenar.

Héctor era apasionado de la música clásica. Así descubrí el *Réquiem* y los *Conciertos para piano* de Mozart, los *Nocturnos* de Chopin y los cuartetos y sinfonías de Beethoven. Y descubrí a Johann Sebastian Bach, maestro de la luz y la armonía, de todos los hombres el más cercano a mi corazón. Amé la inagotable hermosura de esa música que enaltece la condición humana y amé a Bach, hombre generoso y sencillo, de rostro severo y poderosa frente, mentón ancho y boca que escondía una sonrisa. Descendiente de un molinero húngaro aficionado a la cítara y nacido en el seno de una saga de músicos artesanos de Turingia, Bach pasó su infancia en la amurallada Eisenach, copió partituras a la luz de la luna, cantó maitines en el coro de niños del gimnasio de San Miguel de Luneburgh, fue organista a los dieciocho años en Arnstadt y marchó a Lübeck un día invernal de 1705 para espiar, en la Iglesia de Santa María, la gloria de Buxtehude; fue amigo de Telemann y maestro en la corte

de Weimar donde pagó cárcel *por enfadar al duque*, vivió años venturosos en Cothen, años de aprendizajes y viajes, nacimientos y defunciones, y ancló en Leipzig, *ciudad de los tilos*, donde trabajó veintisiete años como Cantor de la Escuela de Santo Tomás, conoció el fervor de sus discípulos y las desavenencias con las autoridades, ganó renombre como organista y compositor y un domingo de 1747, al oscurecer, llegó a Potsdam con su hijo Wilhelm Friedemann, para tocar en la corte de Federico el Grande. Y quien al final de su vida padeció la ceguera, el cansancio, el dolor y días antes de morir recobró la luz por unas horas y a través de un velo de lágrimas vio el rostro de su amada Ana Magdalena y el de sus hijos, la soleada habitación, los manuscritos sobre el clavicordio, la pluma y el tintero, la ventana abierta, el jardín público, el puente sobre el río Pleisse, el molino y el gemir del viento entre las aspas, los pájaros, las nubes y los colores de un atardecer del verano de 1750.

Cuántas horas vividas en la intimidad de la música, arte inaprensible que abre mundos y embriaga, avasalla y desespera, purifica y ayuda a vivir, música dilacerante y soterrada que remueve heridas, música que se agita como un velo de colores y pulsa nuestra fibra más profunda, sonidos que corren, se persiguen y se unen, voces que evocan trinos del bosque y susurro de mieses, rugido de torrente, notas de lluvia y murmurio de riachuelo, libérrimo aire, arpegio desatado,

armonía como trueno y acorde que es casi quietud, casi silencio, potente coral que nos cubre, compás que invita a danzar, música que vibra en metal y piedra, madera y hueso, música que resuena con címbalo y tambor, mandolina y rabel, música de tiempo y aire, música que recorre la noche y acompaña.

A fines de 1984, Ebel me invitó a la Librería Aguirre, propiedad de Alberto Aguirre, a la que llegaban libros de *Modern Library* y *Olimpia Press*, *Gallimard*, la *NRF*, y las revistas *Les Temps Modernes* y *Cahier du Cinéma*, entre otras. Nos atendió Aurita López, compañera de Alberto, ligera, enérgica y de sonrisa melancólica. Era librera, columnista y locutora. Su voz y su conversación se volvieron necesarias para mí.

Aurita amaba las bellas palabras, que coleccionaba en un álbum de cubierta rosa como un joyero atesora sus piedras más queridas. Allí encontré *mandarina*, *albaricoque* y *pomarrosa* que inundan de frescura el paladar, *libélula*, *espliego* y *araucaria* dulces como música de laúd y *ultramarino* con sabor a océano, palabras gorgoteantes como *cantimplora* o rodantes como *tílburi*, *berlina* o *cabriolé*, y otras como *samovar*, *abedul* y *bandeirante* que repetía por el placer de oírlas. Cuando en 1985, Aurita me propuso leer mis poemas en público, quise un nombre nuevo. Me decidí por *Framb*, combinación entre *frambuesa*, una de mis palabras predilectas, y el acrónimo de *fraternidad*,

misterio y *belleza*. En su álbum de palabras, Aurita escribió: *Framb, palabra húmeda y rosada que se queda temblando en los labios y cuya b final como una burbuja crece y estalla sin agotarse, derramando su almíbar sobre la punta de la lengua*…

Otra afición de Aurita eran los papeles, que importaba para la librería y compartía conmigo, papel de tacto húmedo como la hoja de un árbol, papel con laminilla de oro y papel de calco que el lápiz acaricia, papel amarfilado, con lisura de seda y lustre de nieve, papel que pesa lo que un pétalo, amarillento o satinado, de arroz o lino, cáñamo o fibra de algodón, papel hecho a mano, papel con borde ligulado y grano fino que descubre a contraluz una retícula de agua, papel en blanco donde la palabra se eterniza.

A veces encontraba en la librería a Alberto. Tenía cabellera canosa, facciones rudas, voz cálida y mirada perspicaz. Cultivado e indócil, creía en la dignidad de la palabra y en la independencia a ultranza del intelectual. Alberto entendía la vida como riesgo y sostenía que en una sociedad que niega el placer y lo nuevo se ha de *vivir a la enemiga*. Con valentía y fulgor, manifestaba en sus escritos su indignación ante la injusticia y su compasión por los desfavorecidos. Fue él quien me dio a leer la obra de E. M. Cioran. Admiré la expresión lacónica y provocadora de sus aforismos y quise a ese poeta del no, la amargura y el hastío, quise a ese pensador renegado

y sin patria, escuela ni progenie, que supo nombrar nuestro abismo. Y también debo a la Librería Aguirre, *Los alimentos terrenales*, de André Gide, exaltación del placer escrita en prosa lírica, y *Zorba, el griego*, de Niko Kazantzakis, himno a la alegría y conmemoración de la danza del hombre ante el mar. Y a Henry David Thoreau, quien a los veintisiete años construyó una cabaña en el bosque, a orillas de la laguna Walden y se retiró allí para *afrontar los hechos esenciales de la vida*.

Aurita, al obsequiarme *La cifra*, me reveló un maestro, Jorge Luis Borges, forjador de un lenguaje conciso y seductor, creador de mundos fantásticos, estudioso de literaturas y lenguas, lector memorioso, conversador sutil que conoció la fama y padeció la ceguera y el desamor. Cuántas horas recorriendo sus laberintos y reflejándome en sus espejos, cuántas páginas y poemas recordados a solas o en compañía de amigos, poemas que conmemoran el sortilegio de la poesía y la perplejidad del mundo, poemas que honran la pena y gloria humanas y a los que siempre regresamos.

Una traducción de Borges me descubrió a Walt Whitman. Me cautivó la frescura y vigor de *Hojas de Hierba*, su aliento personal y cósmico y me maravilló la magnanimidad de ese corpulento poeta de barba y guedejas blancas, rostro atezado y sombrero negro de ala ancha. Descendiente de labradores y marineros, hijo de Brooklyn *de amplias colinas* y Manhattan *circundada*

de mástiles, Whitman holgó en soledad por bosques y campos y caminó bajo la luz de Broadway, nadó en la corriente del Paumanok, remontó el Hudson y el Mississippi, fondeó en Nueva Orleans, pintoresca ciudad sureña con casas de pared estucada y celosía de hierro forjado, fue aprendiz de impresor, maestro de escuela y periodista, vio el paso de búfalos, asistió al nacimiento de ciudades y vislumbró la vastedad de América, anduvo al lado de conductores de diligencias, estibadores y timoneles, vio subir hombres al cadalso, estuvo a la cabecera de heridos en la guerra y veló en silencio a los muertos. Y visitó a Allan Poe en su oficina del *Broadway Journal*, fue agasajado por Emerson, Thoreau y Wilde, y terminó sus días, pobre y paralítico, en Camden. Me cautivó ese afectuoso cantor del yo, la libertad y la adhesividad de los camaradas, su asombro ante lo elemental, su declaración de la pureza y dignidad del sexo y ese sabor a humanidad de quien ha transustanciado su ser en poesía.

En 1985 se estableció en Medellín el poeta Jaime Jaramillo Escobar, también conocido como X504. Vuelvo a ver a ese hombre de parca palabra, cortés y frugal, sonrisa bondadosa y sagaz y manos afinadas por los libros. Me atraían sus poemas poblados de pájaros, frutas y colores, que él leía con entonación de salmodia. Jaime consideraba sagrada la poesía; sostenía que el poeta ha de ser en libertad y practicar el arte de la

contemplación.

Jaime, a principios de 1987, me animó a presentar el manuscrito de mi primer libro, *Antínoo*, al editor de la *Colección Guberek*, en Bogotá. Llevé conmigo, además, *El guardador de rebaños*, de Alberto Caeiro, poeta del *drama em gente* de Fernando Pessoa. Estimé el paganismo ingenuo de Caeiro, la poesía tronante de Álvaro de Campos y la oda plácida y desesperanzada de Ricardo Reis, cantor de la alegría báquica. Llegué a familiarizarme con la vida de Pessoa: la vieja casa de la Plaza de San Carlos en que nació una tarde de junio de 1888 y desde donde oía la campana de la Iglesia de los Mártires, los años de Durban, la educación inglesa, el descubrimiento de Shakespeare, la certidumbre de un destino literario, el regreso a la querida Lisboa de tranvías y colinas, acodada en el puerto y de cara al viento de altamar, el triunfal ocho de marzo de 1914, cuando escribió, en éxtasis, treinta y tantos poemas, la generación de *Orpheu* y los sueños de juventud, la trágica y leal amistad de Sá Carneiro, Ofelia y el amor que no ocurrió, la vena ocultista y la lusitaneidad, los empleos mediocres en oficinas de la Baixa, las modestas habitaciones alquiladas, las caminatas por el estuario del Tajo y las noches de bohemia y literatura en los cafés del Chiado, la apatía, el rumbo incierto, los estragos del alcohol, la cama en el hospital de San Luis de los Franceses, los últimos rumores y el silencio. Amé a ese poeta huidizo y paradójico, de sombrero negro,

espejuelos sin aro, bigote corto y pajarita, amé los libros de ese hombre *extraño a todos y a sí mismo* y la lengua portuguesa con su dejo de ternura y saudade, amé esa obra que canta la brevedad de la vida, la tristeza del mundo y la futilidad del ser.

Salía a explorar Bogotá, subía a buses atestados, caminaba por calles rotas, embotelladas y bajo cielos lluviosos y urapanes ciegos, recalaba en cafés del centro o me sentaba en las gradas de la Plaza de Bolívar a contemplar la luz vespertina. Me gustó el aire cosmopolita, la bohemia literaria, la amplitud de la sabana, la silueta de los cerros, los parques y librerías, la arquitectura republicana, la neblina y el barrio La Candelaria, donde una placa recuerda que allí murió, a los treinta años, José Asunción Silva. Arruinado, muerta Elvira, su hermana adorada y perdidos sus escritos en un naufragio, decidió matarse. Lo encontraron en la cama, a medio vestir, con el corazón baleado y lo enterraron un lunes con sol en el pabellón de los suicidas. El sepulturero levantó la tapa del ataúd negro con filo dorado para cubrir de cal el hermoso rostro del poeta.

Regresé a Medellín. En julio de 1987 recibí un ejemplar de *Antínoo*. Lo abrí para aspirar la tinta, el papel y la cola de encuadernar, lo palpé, revisé el índice y susurré algunos versos. Con paciencia lo había gestado, dibujando cada letra, eligiendo cada palabra, limando cada verso como quien pule un cristal.

Una noche sintonicé en la televisión la serie *Cosmos*. Carl Sagan, mientras se paseaba por las salas de una reproducción de la antigua Biblioteca de Alejandría, evocaba los tesoros de ciencia, filosofía y literatura que guardó allí hasta su destrucción por hordas cristianas y musulmanas. En una enumeración de sabios que pasaron por la biblioteca: Hiparco y Eratóstenes, Aristarco y Arquímedes, Euclides y Galeno, escuché un nombre que cobraba la fascinación de lo desconocido, un nombre borrado, como el de tantas mujeres, del recuerdo y de la historia, un nombre entrañable: *Hipatia*. Geómetra y filósofa, hija de Teón, matemático y director del Museo de Alejandría. En el año 415 una turba cristiana la arrancó del carruaje, la desnudó, la desolló con conchas filosas, la desmembró y en un lugar llamado Cinareo la redujo a cenizas.

Leí *Cosmos*. Me maravillaron la imagen del Universo construida por la ciencia y la prosa de Sagan. Con emoción y claridad, el autor me hablaba de un Cosmos vasto y antiguo, de cuásar y quark, galaxia espiral y evanescente mariposa, Cosmos de espacio curvo y tiempo elástico, aurora boreal y lluvia meteórica, lente gravitatoria y ser hacedor de ciencia y poesía, Cosmos de quietud y vértigo, tiniebla y fuego, más estremecedor que cualquier mito y más fantástico que cualquier ficción, Cosmos donde el colibrí, la nube y la estrella, vuelan.

Compartí la fascinación de Sagan por la aventura de la ciencia, su preocupación por nuestra hostilidad hacia la Tierra, su pasión por la exploración planetaria y por la búsqueda de otros seres en la vastedad del espacio. Cautivado, le escribí expresándole mi admiración y respeto. Días después recibí su respuesta que me conmovió como la primera carta de amor. Cuando supe de su muerte, salí de casa a caminar, a ofrendar una silenciosa despedida a quien vivió la astronomía como romance y a dar gracias por la dádiva de una obra que ha hecho más fecundo el misterio y más preciosa la majestad del Universo.

A principios de 1988 asistí a una inspiradora charla del astrofísico y ensayista Alonso Sepúlveda sobre la *Supernova 1987A*. Por años frecuenté sus fascinantes clases de física y sus conferencias de astronomía. Alonso me descubrió a Albert Einstein. Nacido en 1879 en Ulm —donde Johannes Kepler deambuló antaño buscando un impresor para las *Tablas Rudolfinas*—, Einstein fue un niño introspectivo que empezó a hablar a los tres años; a los cinco, la orientación persistente de la brújula que le regaló su padre le reveló un orden oculto en la naturaleza; a los doce tuvo otro asombro al leer un libro de geometría euclidiana y a los dieciséis escapó del Liutpold Gymnasium de Munich —donde su profesor de griego le dijo: *nunca llegarás a nada*— para holgazanear a lo largo del río o montar en bicicleta, preguntándose qué

pasaría si viajara con la velocidad de la luz. Y en 1905, desde su puesto en una oficina de patentes de Berna, y con la publicación de cuatro artículos, abrió nuevas perspectivas a la física del siglo veinte y redefinió las nociones de espacio y tiempo. Admiré al Einstein que gustaba llevar el cabello algo largo, tocar el violín, la bohemia y la literatura y quien, con su imaginación y su búsqueda de simplicidad y ritmo en las ecuaciones, era un poeta.

De Alonso aprendí el valor y la belleza del razonamiento matemático y el poder del número para elucidar la realidad, número que revela la estructura del mundo y contiene la cifra de los astros y de los granos de arena, número de Fibonacci que resplandece en la arquivolta de la flor del girasol o de la aguja del abeto, número pequeño o gigante que está más allá de nuestra intuición, número imaginario y número amigo, número trascendente y esculpido en piedra como *pi*, número cuántico como rendija al inicio del tiempo, transfinito de Cantor, jardín de Ramanujan, cero vibrante de Riemann como joya engastada en la infinita red de Indra, número áureo que la evolución ha grabado en el genoma de la cigarra y el caparazón del nautilo, número que interpreta la melodía de la naturaleza, define nuestros límites y nos ayuda a comprender lo que somos.

También ese año me hice amigo de Antonio Vélez, catedrático de matemáticas, conocedor de la teoría evolutiva y autor de libros de divulgación científica. Su

prosa cristalina y sus conocimientos evocaban a Bertrand Russell, maestro suyo. Antonio me inició en las maravillas de la evolución, me dio a leer las obras de Lewis Thomas, Stephen Jay Gould y Richard Dawkins, y *El origen de las especies*, que me hizo admirador de Charles Darwin y de su "idea peligrosa". Veía en la evolución una interminable cadena de seres que me llenaba de respeto por las criaturas, hermanadas por el fluir del tiempo y unidas con escritura indeleble al origen de la vida.

Admiré el poder de razonamiento de Darwin, su amor por la naturaleza, la paciencia para observarla y la determinación para descubrir el mecanismo por el que han surgido las especies. En diciembre de 1831, con veintiún años de edad, estaba por iniciar una larga travesía a bordo del Beagle. Viajaba como naturalista no remunerado y llevaba en la maleta el primer volumen de los *Principles of Geology*, de Charles Lyell y las obras de Humboldt. De las islas de Cabo Verde a la Patagonia y Tierra del Fuego, de las Galápagos a Australia y las islas Keeling del Océano Índico, vislumbrando los atolones blanco mate del archipiélago Tuamotú que, desde el palo mayor, lucirían como orlas de encaje, a pie, a caballo y en canoa, en cuevas excavadas por el mar y en cimas montañosas, a través de hielo y ardiente arena, Darwin viajaría en el tiempo y vería la vida en toda su magnificencia.

Inspirado por él, aprecié la diversidad de la Tierra, útero acuoso que engendra y protege, planeta de manantial y pradera, bosque neblinoso, lago de madreperla y desierto rozado por los siglos, Tierra encallada en la noche, sustento y memoria, diosa de las cosechas, árbol de la vida, planeta de estaciones y mareas, viento y lluvia, glaciaciones y deshielos, deflagraciones y crisoles subterráneos donde bulle el magma, Tierra que cubre de polvo nuestros labios, Tierra de fuego y agua, de agua y aire, de aire y piedra, esplendente en la sombra como un ojo en su lágrima azulina, Tierra que rueda con su pátina de vida y su urdimbre de células que se escinden y proliferan, vida que sangra y palpita, se recrea y trasciende, emerge del fango, avanza a tientas, se levanta y alza vuelo, vida que se ahonda en la raíz, se abulta en la semilla, trepa en el tallo, despunta en el capullo, se abre en el amento y vuela en la espora, vida a la vera del camino, en el arroyo y en el mar, vida que medra en la podredumbre y criba la materia, atraviesa la roca y el hielo y se despliega en miríadas de criaturas que hienden el aire, horadan el polvo y serpentean en el oleaje, criaturas hechas para el frío y el calor, el movimiento y la quietud, el galanteo y la martingala, criaturas de barro y hueso, zarpazo y dentellada, cuerno en espiral y cola en aguijón, acorazadas, coriáceas y de cuerpo poderoso, cuerpo que ataca, cuerpo lascivo que aceza, cuerpo dormido, agrietado por el frío y contorsionado por el dolor,

cuerpo desnudo y sediento, cubierto de manto lanoso, cálida carne y piel secreta, criaturas que emiten silbido ultrasónico y saludan el día, con boca munida de colmillos y dientes que desgarran y trocean, roen y trituran, criaturas con pico que sondea y lengua veloz, bifurcada y viscosa, criaturas que se amadrigan en hendedura o túnel, colmena o fumarola, que esprintan y hacen quiebros, ronzan y ramonean hasta la cúspide del aroma, criaturas cara a cara, rugientes y terribles, con ponzoña y panoplia, máscara de gala y sombrero de brujo, criaturas que viven en enjambre o jauría, manada o cardumen, que se propulsan con tentáculos o patas escamadas para andar sobre arena, pata cavadora, trepadora y afilada, con dedos palmeados que rizan el agua y cojinetes en las garras, criaturas con aleta planeadora, ala falcada y tobillo para danzar, y con manos para pulir piedra, moldear arcilla, encender fuego, aguzar la punta de la flecha, arar la tierra y aventar semillas; multiformes criaturas de ojo escrutador, fijo en su cuenca, con iris coloreado y pupila retráctil, ojo abierto al firmamento, ojo que espía desde la sombra, grieta donde se rompe la luz, ojo mordido por el polvo y lavado por la lágrima, ojo color cielo, atormentado por sed y fiebre, ojo que el deseo enciende y el asombro dilata, lóbrego como una gruta, límpido como un cristal, ojo glacial del aligátor, ojo nictálope del búho, ojo sagital del águila, ojo sin párpado del pez, ojo vigilante del jaguar, ojo humano

que mira en lo profundo y el anverso y reverso de la trama, criaturas urdidas con hilos de magia, dolor y tiempo lento, multitud de criaturas irrepetibles y solitarias, extendiéndose entre horizontes, formas sin fin posadas sobre la superficie del vacío.

Tenía veinticuatro años, edad en que se terminan estudios profesionales. Yo era bachiller, vivía con mis padres, leía poesía y divulgación científica, estudiaba inglés y francés por mi cuenta y daba largas caminatas, pero lo más importante era que había publicado *Antínoo*. Debía conseguir trabajo, aunque mi necesidad de libertad se oponía a las monótonas jornadas laborales. Anhelaba escribir otro libro y buscar la palabra cabal, la imagen memorable, el ritmo preciso, la frase firme y ponderada. Anhelaba forjar un libro de poemas que conmemorara la hermosura del Universo revelada por la ciencia, un libro que fuera un canto del hombre que se abisma en el tiempo y camina hacia la muerte en vivo deslumbramiento.

Una tarde de diciembre de 1988, en el Jardín Botánico de Medellín, me presentaron al poeta Raúl Gómez Jattin. Estaba sin afeitar, vestía camisa de algodón, jeans anchos y alpargatas. Raúl, de quien yo admiraba *Amanecer en Valle del Sinú*, conocía mi libro *Antínoo*. Iniciamos una conversación que se prolongó hasta el día siguiente y terminó en casa de Jaime Jaramillo Escobar. Durante la

visita al maestro tomamos té, Raúl lió y fumó un cigarrillo tras otro de marihuana, hablamos de poesía y leímos poemas de Charles Baudelaire, a quien yo conocía por el retrato que lo muestra de hopalanda gris, altivo, con la frente despejada, ojos intensos y boca con un pliegue de ironía. Me prendé de ese poeta del linaje de Allan Poe y De Quincey, que vivió a contrapelo y *con la mano abierta* y que a partir de oscuras circunstancias forjó su obra, que conoció el hachís y el láudano, el suplicio de la lucidez y la soledad del deseo, vagabundeó orgulloso por el Barrio Latino y las márgenes del Sena, fue amigo de Balzac y Nerval y amante de Jeanne Duval, actriz mulata de cabellos tenebrosos, musa e infiel compañera, que peregrinó de hotel en hotel, lisiado y perseguido por los acreedores y murió en un hospital parisino en brazos de su madre en agosto de 1867.

Al regresar a casa tras la visita a Jaime, encontré que Raúl había puesto dos cigarrillos de marihuana en mi mochila. Se los mostré a mi madre, le conté su procedencia y le propuse probarlos. Mamá fumó y no sintió nada nuevo. Cuando se retiró a dormir, preparé el rito para probar el mío: música, una varita de incienso y una vela en el pebetero; aspiré el porro y la yerba *comenzó a desplegar su magia*. Fue sobrecogedor y presentí que nuestra alianza sería duradera.

Años después vi a Raúl deambulando por Medellín: descalzo, con cabello enmarañado y ojos febriles. Supe

de su locura y vandalismo, de su soledad en hoteluchos, en hospitales de caridad, en las calles de Cartagena y en su Escuela de Bellas Artes, en cuyo pórtico pasó las últimas noches de su vida, trágica vida de la que emanó su poesía bella y amarga.

En casa de Jaime conocí jóvenes aficionados a la literatura. Recuerdo a Swami, alto, distinguido y de lacia cabellera. Fuimos por años compañeros de caminatas. Y recuerdo a Ignacio Escobar, a quien visitaba en su cabaña en Santa Elena. Caminábamos silenciosos por el bosque, deteniéndonos para apaciguar la sed en un arroyo, contemplar unos hilos de araña, recitar una *rubayat* de Omar Kayyam, un poema de Emily Dickinson o un haikú:

En el bosque oscuro
una baya cae
ruido de agua

O nos quedábamos en su casa, charlando ante la chimenea, aspirando la fragancia de la leña o contemplando en silencio el fuego inquieto y voraz que muere y renace, se enrosca y se arrastra, templa, desbroza y purifica, crepita en el ascua, agita la sombra, desmenuza la roca y derrite el metal, fuego que cae del cielo y brota de la tierra, fuego que la brisa encabrita, la sal aviva y la lluvia ahoga, fuego de la hora tardía y de las

batallas, fuego que duerme en la yesca y que un soplo abate, fuego que caldea y alumbra, congrega y oculta la noche.

Un día Ignacio me propuso buscar hongos alucinógenos. Al regresar a casa los preparamos en chocolate y bebimos el elixir. Luego de media hora una claridad inundó el aire y colores y relieves adquirieron prístina intensidad. Tras un momento de desasosiego, sentí que cruzaba el umbral a un mundo epifanal y contemplaba la majestad de lo sagrado. Lloré ante el sentimiento oceánico de comunión con el todo y ante visiones que trascienden la palabra y el entendimiento.

Por esos días conocí a Herman K., de mi edad, grueso, rapado, parsimonioso. Me habló del ácido lisérgico y del viaje de Albert Hofmann en bicicleta por las orillas del Rhin una tarde primaveral de 1943. Me refirió que, durante siglos, miles de griegos emprendieron cada otoño la peregrinación a Eleusis, pernoctaron en el *telesterion*, bebieron el *kykeon* o pócima divina y contemplaron el fulgor visionario. Herman me invitó a unirme a la comunidad de los antiguos iniciados y ser parte de la *Sociedad de la Espiga Eleusina*, grupo ecologista del que era fundador y único miembro. Salimos al campo para mi iniciación. Tras tomar LSD, nos adentramos en un bosque de pinos. Me extasié en el matiz de una piedra habitada de liquen, en la nervadura de una hoja y en un haz de sol atravesado por miríadas de corpúsculos

danzantes. Salimos a un lago ensangrentado por el poniente, una bandada de grullas avanzaba en vuelo triangular, el firmamento era una telaraña escarchada de gemas. Nunca había sentido más amor por la Tierra viviente, nunca había sido tan magnífico el mundo ni más solemne el advenimiento de la noche.

Me interesé por el reino de los hongos, algunos gelatinosos, con sombrero en abanico, láminas tornasoladas y estipe flexible, seta venenosa y robusta, con cúpula verrugosa y piel rosada, que aflora en la playa o fosforece en la noche, seta de cardo y terciopelo, níscalo y oreja de elefante, hongo como pagoda bajo el matorral, en la hierba o en la juntura de las piedras, hongo simbiótico que enriquece el humus y recicla los detritos, que crece en silencio y lo engendra el trueno, *amanitas* y *psilocybes* que nos abren extraños portales y encienden nuestras venas con una llamarada de oro.

En 1988 Ebel y yo nos distanciamos. Cuando nos reencontramos dos años después, lo noté desmejorado y hablando más del suicidio. Ebel coincidía con Plinio en que la libertad del ser humano para desprenderse de la existencia es un bien precioso. Le gustaba citar la exhortación de Epicteto: *Recuerda lo esencial: la puerta está abierta*. Simpatizaba con los cínicos, con la escuela del Pórtico y con la secta del Jardín y su invitación a recoger ya las rosas de la vida que tan pronto se marchitan. Sin

embargo, Ebel quedó marcado por la moral cristiana y pese a su intelecto penetrante, no cesó de buscar sucedáneos a la inexistencia de Dios. Aunque pregonaba el *joie de vivre* y el erotismo, no logró desligar el placer de la culpa. Amargado por la soledad, la falta de reconocimiento literario y la aparición del sida, se mudó a un hotel, renunció al sexo y se peleó con la mayoría de sus amigos.

La mañana del 30 de octubre de 1990 lo visité. *Esto se acabó*, Carlitos, me dijo. Había decidido tomarse por la noche una sobredosis de somníferos. Pasamos la tarde caminando y antes de volver al hotel recorrimos Junín y nos sentamos ante la fuente del Parque Bolívar para contemplar los reflejos ponentinos. Regresamos de noche a la habitación, me entregó libros y dinero. Nos abrazamos y lloramos al despedirnos. Por la mañana fui al hotel y me anunciaron a Ebel. Al no responder, una camarera fue a mirar y volvió gritando. Subí al cuarto y lo encontré bocarriba en la cama, inconsciente. Tras dos días de clínica, fue trasladado por sus hermanos a Manizales, donde llevó una existencia monacal. Lo visité dos veces y lo encontré avejentado y sombrío. Murió en abril de 1992 de una complicación hepática.

A principios de 1994 viajé a Boyacá. Marchaba por caminos polvorientos, dejando atrás escenas y sonidos, susurro de viento en la arboleda, tañido de cencerros, reflejos en un arroyo boscoso, muros donde la hiedra

En la Ribera del Olvido ● *Deslumbramiento* ● Carlos Framb

trepa o reluce la buganvilia, el aljibe, el brocal de piedra, la roldana herrumbrosa, aromas de heno y leña quemada, campesinos con ruana de lana y gorra de piel, bueyes enyugados, asnos cargados con cántaros de leche y ovejas conducidas por pastores.

Marchaba por carreteras reverberantes o bajo la lluvia que se desata y bruñe la rama, cala los huesos y desgasta la piedra, aguacero que arrecia y ablanda la costra de la sequía o latigazo que rompe contra costas acantiladas, lluvia que nos demora bajo el alero o chubasco que se desmenuza en gotas que destellan, penden de hojas, corren por alambres y al caer se estiran, lluvia con sol, lluvia en los ojos, lluvia en la palma de la mano, lluvia en la caparazón de la tortuga, lluvia en el mar, lluvia en el bosque de paraguas, lluvia que refresca la madera, perfuma el aire y aviva los colores, lava la verja y chapotea en la balaustrada, llovizna que repiquetea en el tejado o chaparrón que nubla el cristal y humilla la polvareda, lluvia esperada y bienhechora que resbala por la tarde.

Marchaba alegre por la publicación de *Un día en el paraíso*, mi segundo libro de poesía. Me enorgullecía que ese tomito de cubierta anaranjada, con su declaración de amor por el Universo y su celebración de la vida, se abriera paso en una ciudad en guerra. A mi regreso a Medellín tendría que buscar trabajo, pero ¿dónde necesitan un poeta?

Desde que en mi adolescencia leí *Siddhartha* y *El hindú*, de Hermann Hesse, me interesé por la literatura oriental. Descubrí a Vivekananda y me regocijó la espiritualidad de su rostro. Y leí a Schopenhauer, pensador iconoclasta, áspero e hiriente que se propuso alcanzar la esencia del enigma, místico de la negación que expresó con imponente lenguaje la vanidad del ser y quien, al igual que Siddhartha Gautama al presenciar el dolor, la vejez y la muerte, fue sobrecogido por la desolación de la vida. La correspondencia de la filosofía de Schopenhauer con doctrinas brahmánicas y budistas me condujo a textos de Oriente, el inmemorial Oriente de la aurora y la sabiduría, del Éufrates y el Ganges, de ermitaños y pagodas, oasis y mezquitas, jenízaros y beduinos, dromedarios y caravanas ebrias de espejismos que marchan cargadas de olíbano y benjuí, almizcle y bermellón, pasta de cúrcuma y plumas de avestruz, Oriente de puertos abigarrados y ciudades cavadas en piedra, de la sonrisa del Iluminado, la higuera de Bengala y el *Sutra* de Benarés, Oriente del Fuji y de los templos de Kioto entre cendales de armiño, cerezos en flor y criptomerias, sauce y bambú, música de samisén, puentecillos bajo la Luna y sampanes estriando el río, Oriente de pergaminos y dinastías, abanicos de marfil y biombos de papel, cofres de laca, polvo de jade y porcelana azul, del kendo *—camino de la espada—* y del haikú *—flor del instante—*, del sake y el arte del té, de la fragancia

de hojas de pino que se queman en la niebla y del canto del cuco al anochecer.

Leí las enseñanzas de Lao Tse, las parábolas de Chuang Tzu, *el sabio del Río Amarillo*, y el libro de los sesenta y cuatro hexagramas. El taoísmo es caminar con levedad por un bosquecillo de bambú, dejar a la araña hilar su seda y ser como la flor del precipicio, bella sin que nadie la vea. O ser como el aire que viene y va, henchido de reflejos, mojado por la lluvia y abanicado por el aura, aire caricioso que nos rodea y respiramos, aire tremebundo de las alturas, aire de luna que azulea la noche, aire sereno donde navegan el aroma y la golondrina, el acorde y la palabra… O ser como el agua que se remansa, se arremolina y se despliega como el ala de un pájaro, agua saltarina en la fuente, fresca en el cántaro y sedienta en el cuenco de la mano, agua que nace en cumbres, se desploma en vertientes, se quiebra en riscos y revienta en marejada, agua ilusoria bajo el ojo del puente, escarchada y pintada de nenúfares, agua en el paladar, agua en el agua, agua vertical del pozo, oblicua de la lluvia, horizontal del pez, agua ferruginosa que gotea y se arrebuja en el declive, agua del río que somormuja y silabea, da un rodeo y llega a su destino, agua que todo lo refleja sin que nada la ensombrezca.

Leí que los maestros taoístas posaban el oído y la palma de la mano sobre las piedras para captar su vibración y aprender de su indiferencia. Me volví un apreciador

de las piedras, forjadas en los volcanes o sedimentarias donde seres del alba dejaron su huella, roca granítica que la incansable gota ha esculpido por eones, piedra cubierta de anémonas y algas, piedra miliar, musical y columnaria, piedra de toque, piedra hongo, piedra golondrina, piedra sarcófago, rellena de magma rosa o incrustada de cristales de oro, granate almandino, diamante biselado, ágata sangrienta, zafiro estrellado y topacio de jerez, piedra caída de la noche, cascajo del camino y cuarzo de afilada arista, mármol y alabastro cincelados con formas que se han querido eternas, piedra olorosa a moho, imantada y sacrificial, puesta en pie o acostada al raso, sellada e innumerable, vertiginosa en su quietud y sonora en su silencio.

Me deleitó el zen con las anécdotas enigmáticas y los koan, el sentido de la provocación y del absurdo, la dialéctica sutil, el agrado por la asimetría y la exaltación del vacío en que flota la forma y del silencio que envuelve los seres, silencio del árbol y del camino, silencio de labios de piedra, roto a martillo, horadado por el grito y atenuado por el rumor del agua, silencio que gotea y nos arrulla, silencio de la campana, estremecido de ecos, silencio tras el último acorde, silencio que rodea las palabras, preñado de signos, silencio de la noche y de la muerte y de cuanto se ha ido, silencio de horas tardías, hermano del sigilo y de la sombra, silencio de antes del viento y el canto, la lluvia y el trueno,

silencio al fin de todo, silencio de pájaros que preludia la mañana.

A fines de 1997, Solen Jenny Lees, bella amiga inglesa, me invitó a Reino Unido. El avión partió de Bogotá al anochecer y dos horas después sobrevolaba el Atlántico. Amanecía cuando se insinuó la isla británica entre un resplandor de ámbar. Allí, despertando al hechizo del día, estaba Inglaterra, *la pérfida Albión*, país de brumas opalinas, batallas legendarias, bardos melodiosos, reyes disolutos y reinas decapitadas. Y bajo nubes estaba Londres —*Londinium* de los romanos, *Lundenburh* de los sajones— otrora la más poderosa, con su telaraña de calles y su soledad. Pronto pisaría una de esas ciudades cuyo nombre recordamos: París de la razón y la luz, Florencia fastuosa flor del lirio, Bagdad irisada alhaja del califa, Samarcanda de jaspe y lapislázuli, Petersburgo fría perla del Báltico, San Francisco de tranvía y alta torre, Nueva York del *glamour* y la noche, Lisboa de *fado y luz de lágrima*, Ámsterdam de canal concéntrico y anaranjado tulipán, Amberes de tallista de diamantes, Venecia a flor de agua, Roma de sangre y mármol, alba gótica de Praga, exuberante y melancólica Estambul.

Me encontré con Jenny en el aeropuerto y nos dirigimos al centro de la ciudad. Me dispuse a transitar por calles pobladas de historias, recuerdos y fantasmas literarios, calles por las que circularon legiones romanas,

tribus sajonas y teutonas, celtas y normandos, frailes negros y grises y muchedumbres que afluían a las ejecuciones. Me adentré en la metrópoli imperial con sus tiendas coloridas, los *pubs* y la cerveza negra, el té y los chocolates, la proverbial cortesía, los buses de dos pisos y *The Times*, Londres de celliscas, galernas y neblina que llena plazas, cruza puentes, flota en muelles y sobre tejados, brota del suelo y esconde el mundo, Londres de cúpula y campanario, cuadriga y pretil, con sus puertas y ventanas asomándose a la calle, ventana lanceolada y adornada de blasones y lises descoloridos, ventana de arco apuntado y triple ojiva, luneta y cariátide, aquilón y saledizo, claraboya rematada en espigas y rosetón de cristal esmerilado, ventana simple o geminada, arrodillada y anublada por el cierzo, ventana donde se aparta una cortina, se enciende una lámpara o se mustia una flor, Londres de vidrio y acero, gasómetro y tejado cubierto de hollín y Londres opulenta, Londres del Soho y Picadilly Circus, de Carnaby Street aureolada con el recuerdo de los Beatles y de Charing Cross con sus viejas librerías.

Me paseé por Fleet Street, donde antaño callejearon William Shakespeare, Ben Jonson y Christopher Marlowe, poeta de vida breve y azarosa, que frecuentó las veladas de Walter Raleigh, fue acusado de ateísmo y blasfemia y antes de huir a Escocia fue apuñalado en una trifulca de taberna. Caminé por el Puente de

Londres y la orilla del Támesis hasta la Torre construida por Guillermo el Conquistador en 1078 y seguí por el Strand hasta la Catedral de San Pablo, donde Haendel interpretó el órgano y donde John Donne, clérigo y atormentado poeta, fue deán y predicador. Caminé bajo arcos y entre columnas, recordando a Christopher Wren, astrónomo, geómetra, físico y contertulio de Isaac Newton, Edmund Halley y Robert Hooke, así como arquitecto de San Pablo, donde está sepultado y cuyo epitafio, compuesto por su hijo, dice: S*i buscáis su monumento mirad alrededor*. En la Tate Gallery contemplé crepúsculos que se disuelven en polvillo dorado y barcazas cabeceando en la abrumadora luz de Turner, maestro del color que pintó sublimes poemas del paisaje inglés. Y contemplé cuadros de Dante Gabriel Rossetti, poeta y pintor prerrafaelista de vida truculenta y mórbida sensibilidad, temprano admirador de Whitman y frecuentador de librerías recónditas, hermoso seductor a quien el exceso del láudano llevó a la locura. En la National Gallery, aprecié claroscuros de Rembrandt, telas impresionistas y óleos flamencos, girasoles de Van Gogh y lienzos ensangrentados por batallas. Me demoré ante *Baco y Ariadna*, de Tiziano, *Los embajadores*, de Holbein, *La Venus del espejo*, de Velázquez, y *Un baño en Asniéres*, de Seurat, pero la pintura más conmovedora fue *La Virgen de las Rocas*, de Leonardo da Vinci, retablo gloriosamente iluminado de tamaño natural con la Virgen y el Niño, Santa Ana y

San Juan Bautista dibujados con carboncillo y tiza. Imaginé al joven Leonardo escalando las colinas toscanas, paseando por el Ponte Vecchio o liberando pájaros en el mercado de Florencia y rendí tributo a la universalidad de ese hombre que temblaba de emoción cuando empezaba a pintar.

Me dirigí a Hampstead y desde el altozano observé las cúpulas, torres y agujas de Londres, entré al cementerio, me recogí ante la tumba de John Constable y rememoré su encuentro con William Blake, artista y poeta visionario autor de *The Marriage of Heaven and Hell*, obra fundamental de la literatura psicodélica. Ante lápidas y cipreses, medité en el tiempo inmensurable y el devenir y desvanecerse de los seres. Busqué la casa de John Keats, en cuyo jardín un anochecer de 1819, John escuchó el trino de un ruiseñor y supo que era el ruiseñor de siempre, el que oyó Ruth en un trigal de Belén, y de lo cual dejó testimonio en una oda inmortal. Muchacho signado por la poesía, de hermoso rostro, cuerpo esbelto y pequeño, cabello largo y hombros anchos, Keats vivió como un soñador, tuvo por dioses a Shakespeare y los griegos, conoció a Shelley, fue amigo de Hazlitt y de Leigh Hunt, peregrinó al *cottage* de Robert Burns, recorrió libros y caminos, fue habitado por la exaltación del amor y sus desdichas, cantó la fugacidad de los días en versos templados por el dolor y murió en Roma, joven y de tuberculosis, en la pobreza y desconocido. Evoqué su

triste despedida de Fanny Brawne, la llegada a Nápoles, el arduo viaje a Roma en carricoche, la habitación en la Piazza di Spagna, cuya ventana daba a la escalinata de Santa Trinità dei Monti, el lento y último paseo, una mañana de febrero de 1821, del brazo de su amigo Joseph Severn, el mausoleo a la sombra de la pirámide de Cayo Sestio, el epitafio: *Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua*.

De regreso al centro, hice escala en Camden Town, antiguo barrio de chamarileros, prestamistas y vendedores de pájaros donde residieron Rimbaud y Verlaine en 1873. Caminaba bajo la llovizna por Russell Street —antes Great College— conmemorando los versos de Cernuda:

> *El gobierno francés, ¿o fue el gobierno inglés?*
> *puso una lápida en esa casa*
> *8 Great College Street, Camden Town, Londres,*
> *adonde en una habitación Rimbaud y Verlaine,*
> *rara pareja, vivieron, bebieron, trabajaron, fornicaron*
> *durante algunas breves semanas tormentosas.*

Imaginé a los dos poetas abriéndose paso entre carretillas, perros y pillastres para ir al centro de Londres, a las cervecerías del Soho o a la sala de lectura del Museo Británico. La lluvia arreció, me guarecí bajo un alero y observé en la pared de enfrente la placa que decía que

Paul Verlaine y Arthur Rimbaud estuvieron allí en julio de 1873. Me acerqué a la casa y rocé con los dedos la puerta y el picaporte. Una mañana de ese mes, tras una disputa, Verlaine salió por aquella puerta, se dirigió al muelle y zarpó en el vapor del mediodía hacia Amberes. Al día siguiente Rimbaud cruzó el canal y se le unió. Vino el pistoletazo de Bruselas y la prisión de dos años para Verlaine. Y para Rimbaud la abdicación, el silencio y las largas marchas por llanuras suabas, nieves noruegas, selvas javanesas y desiertos árabes, los regresos a casa, curtido y sin un céntimo y las bruscas partidas, los años africanos, el tráfico de café y fusiles, piel de panteras y marfil, la amistad de Djamí Wadaï, su joven servidor abisinio y fiel compañero, el único a quien llamó en su agonía. Recordé que una madrugada de abril de 1891, Rimbaud, transido de dolor y con la rodilla derecha *gorda como una calabaza*, salía de Harar hacia la costa del Mar Rojo en una camilla transportada por dieciséis hombres. Al llegar la caravana al *Árbol de los Adioses* de Kombulcha, Arthur y Djamí se despidieron, sin saberlo, para siempre. Y recordé que una noche lluviosa de agosto de 1891, no lejos del cuchitril de la calle Descartes en París donde Verlaine se extinguía, un Rimbaud febril, con una pierna amputada y el cinturón cargado de oro, inadvertido e ignorante de su naciente gloria, pasaba en coche de alquiler hacia la estación de Lyon para volver al Hospital de la Concepción de Marsella, su último puerto.

Tras algunas semanas en Londres, partí con Jenny a recorrer la isla. Al pasar por Reading, por su cárcel, evoqué a Oscar Wilde, condenado a trabajos forzados por “conducta indecente”. Convertido en el recluso C.33, Wilde releyó a Dante y escribió la famosa balada, conoció la cama dura, la comida repugnante, el uniforme indigno, el sufrimiento y la humillación. Cavilé en el destino de ese poeta y dandi que quiso hacer de la vida un arte y probar todos los frutos, conversador subyugante, príncipe del ingenio que fustigó la hipocresía victoriana con invectivas y paradojas y a quien un bello rostro y el afán de provocación precipitaron al abismo. Evoqué la infancia de prodigio en Dublín, la popularidad en Oxford, el amor por Shakespeare y los griegos, las horas de lectura laboriosa, la brillante carrera de crítico, conferenciante y novelista, la gira americana y el encuentro con Walt Whitman, la lealtad de Robert Ross, las cenas suntuosas, orgías y viajes con Bosie, los triunfos teatrales, los agasajos en cenáculos parisinos, la querella y el proceso, el escarnio y la prisión. Evoqué al Wilde desecho que salió de Reading una mañana de mayo de 1897, y que con el seudónimo de Sebastian Melmoth malvivió en Francia, entregado al sablazo, la bebida y los muchachos, y que murió atiborrado de champaña y morfina en un hotelillo de París.

En Bristol recordé a Thomas Chatterton, que viajó a la capital con ilusiones y escribió inmortales poemas

antes de matarse a los diecisiete años con arsénico en una helada buhardilla londinense. Caminé por calles tardías y recalé en el puerto donde zarpó el *Mayflower* con los *Pilgrim Fathers* para fundar allende el mar una nueva Inglaterra. Y donde Daniel Defoe conversó con Alexandre Selkirk, marino escocés que pasó cuatro años en una isla inhabitada del Pacífico y que fue prototipo de Robinson Crusoe, héroe de mi adolescencia. Visité las termas romanas de Bath y reverencié los trilitos de Stonehenge. En Stratford, visité la casa de Shakespeare en la calle Henley, el mausoleo, el puente de Clopton y el *cottage* de Anne Hathaway. Ante una estatua de Hamlet, recordé que en mis días de colegial, disfrazado con peluca, capa y espada, fui Hamlet, quien sosteniendo la calavera de Yorick se pregunta a dónde han ido a parar los esfuerzos y glorias de los hombres. Y quien desde las almenas de Elsinore y ante el Espectro, exclama:

> ¿*Qué he de temer*?
> *No le doy a mi vida más valor que el de un alfiler.*
> *En cuanto a mi alma ¿qué podría hacerle*?
> *Si es inmortal.*

Rendí tributo a Shakespeare, *dulce cisne de Avon*, a la exuberancia de su lenguaje y su maestría para inventar personajes que son parte de nuestra memoria: vacilantes como Hamlet, ingeniosos como Falstaff y Rosalinda,

tocados por la locura como Timón y Ofelia, trágicos como Antonio, villanos como Yago o Ricardo, nobles como Lear o celosos como Otelo. Cuán singular el destino de aquel hijo de un comerciante de lana, que llegó a Londres como aventurero, vivió un tiempo de míseras ocupaciones y con su *libro de la vida* logró una visión total de la naturaleza humana, que hizo fortuna en Londres y cuando apenas *descendía el valle de los años*, vendió *The Globe*, retornó a Stratford, se dedicó a litigios y acabó sus días indiferente a la literatura y la posteridad.

Yorkshire me recordó a Michael Faraday, genial filósofo de la naturaleza y divulgador de la ciencia, cuyos antepasados procedían de esa región. Nacido en 1791 en Londres e hijo de un herrero, Faraday apenas asistió a la escuela. A los catorce años, como aprendiz de encuadernador leyó, en un ejemplar por reparar de la *Enciclopedia Británica*, un artículo sobre electricidad que lo conduciría a su concepción del electromagnetismo y a la noción de campo de fuerzas. Y recordé a James Clerck Maxwell, prodigioso matemático que formuló en ecuaciones los descubrimientos de su querido Faraday. Ecuaciones en las que el joven Einstein encontró la explicación del campo invisible que gobernaba la brújula que lo maravilló de niño.

Arribé a York, la antigua *Eburaco* fundada por los romanos, con sus viejas murallas y casamatas, mazmorras y torres de guardia, y donde la muerte sorprendió al

emperador Septimio Severo en 211 d. C., dos siglos después de que César atravesara el Canal de la Mancha con un pequeño destacamento y por primera vez los romanos pisaran suelo inglés y vadearan el Támesis. En el museo de la Catedral, me detuve ante la antigua espada de hierro noruego y empuñadura en cruz que Borges sostuvo y que conmemoró en el poema *A una espada en Yorkminster* y en el relato *Ulrica*.

Camino a Escocia, divisé entre franjas de bruma la Muralla de Adriano que marcaba el confín del Imperio. Imaginé a este príncipe cautivador e itinerante, lo imaginé con atavío militar, la barba y los cabellos agrisados tremolando al viento de aquellas soledades una mañana del siglo segundo. Reflexioné en la aventura de Roma —*Romeburh* de los sajones—, ciudad conquistadora a la que debemos las leyendas de Eneas huyendo de las llamas de Troya, con su padre Anquises a cuestas y el pequeño Ascanio de la mano, y de Rómulo y Remo amamantados por la loba. Roma de mosaico y peristilo, flámula de seda, águila de bronce y corona de laurel, de fasces, trofeos y legiones que estremecían la tierra, Roma de catapulta y ariete, corvo y quinquerreme, de las guerras púnicas y Aníbal cruzando el Ebro con su ejército de elefantes, Roma de termas, acueductos y rutas por donde circularon ideas, palabras y costumbres, Roma de la lengua del Lacio, severa y tersa, de César, el Rubicón y los *idus de marzo*, de Antonio y Cleopatra, el áspide y

un navío de velamen rojo, espolón dorado y casco laminado de plata, Roma del siglo de Augusto, purpúrea e imperial, de la estrofa catuliana, las elegías de Ovidio y las odas de Horacio, y de Virgilio, quien en trance de morir en Brindisi encomendó a sus amigos incinerar el manuscrito de *La Eneida*, Roma del exceso y la virtud, la catacumba y coliseo, las sentencias de Marco Aurelio, el sapiente latín de Séneca y el poema materialista de Lucrecio.

En Edimburgo, con el cielo hendido por agujas y cúpulas y el castillo coronado de almenas y torreones, evoqué a Robert Burns, *anegado de alcohol y baladas*, y busqué el 17 Heriot Row, donde vivió Robert Louis Stevenson, artífice del lenguaje querido por Borges, autor de relatos obsesionantes, que llevó una vida aventurera y recaló en una isla del Pacífico, cuyos nativos lo llamaban Tusitala —*el narrador de cuentos*— y a quien, cuando murió, enterraron entre palmeras en la cima de la montaña más alta.

Caminaba por The Royal Mile hacia el palacio de Holyrood, evocando la alta silueta frágil de Shelley, *el mejor y menos egoísta de los hombres*, su huida tempestuosa a Edimburgo y el encuentro a orillas del lago de Ginebra con Byron, seductor poeta de vida apasionada y enamorado de la cultura griega, que cruzó, cual Leandro, el Helesponto a nado, y cuya muerte en Missolonghi fue llorada por Loukas Chalandritsanos, su joven

amante heleno, y por Grecia entera. Caminaba admirando Calton Hill, cuando un frío en los labios me anunció la nieve, mi primera nieve, la nieve volandera que llega desde las Highlands, centellea y amortigua el sonido, se prende de la hoja y traza el fractal en el cristal, la nieve que quema la tierra y albea la cúpula, doblega la rama y cobija la vida, la nieve que rechina bajo los pasos y se derrite al posarse en el agua, la nieve que hiende la piedra y danza en torbellino, la nieve que viene y se va, antigua como el silencio y ligera como una sombra.

Y caminando por las frías aceras de Edimburgo encontré la estatua de Bobby, un *skye terrier*, compañero del policía John Gray, quien vivió alrededor de 1856 en Edimburgo. John y el perro fueron amigos hasta 1858, cuando aquel murió de tuberculosis. Durante catorce años y hasta su muerte, Bobby permaneció cada noche junto a la tumba de su amigo. Y caminando bajo la nieve arribé al cementerio. Recorría tumbas y mausoleos, leyendo inscripciones y fechas y meditando en las generaciones que llegan y se van *como las hojas que, en otoño, cubren los arroyos*, cuando hallé un panteón semicircular en cuya placa leí *David Hume*. Evoqué a ese filósofo cordial y temperado y algunas de sus circunstancias: la infancia en Edimburgo, los días de Bristol, Viena y París, el encuentro con los iluministas, el viaje a Londres con Rousseau y la ruptura, una mujer llamada Marie Charlotte de Boufflers, la amistad de Adam Smith y la

conversación certera, la pasión por el conocimiento, el renombre literario, la enfermedad agotadora.

Cavilando en la evanescencia del ser, imaginé el fin de aquella poderosa inteligencia: el cuerpo quebrantado y recluido, el sol de las cuatro en la ventana, la serena conciencia del término, la última palabra, el estertor, la lividez, la boca exánime, la mirada obnubilada, el llanto de los deudos. Y el paso de los caballos del cortejo una mañana de verano, la campana funeral, la corona mortuoria, las paletadas sobre el féretro de cedro, el epitafio sobre la lápida. Y al fin la disolución, los huesos pulverizados por el tiempo, los átomos de nuevo en su fortuita danza.

Volví a Londres y la víspera de mi regreso a Colombia fui de mañana a Bloomsbury. Recordé las veladas de los jueves del célebre grupo epónimo, ese puñado de mujeres y hombres unidos por el genio, el pensamiento liberal y la amistad. Ante el 52 de Tavistock Square, su hogar de 1924 a 1939, recordé a Virginia Woolf, novelista de prosa innovadora y luminosa que tejió su vida en la trama de su obra. Y recordé el retrato que la muestra taciturna, de traje negro, con el cuello y los puños de encaje blanco. También en Tavistock Square vivió Charles Dickens, quien trabajó desde niño, recorrió Londres, conoció su gente y sus calles y encontró en ellas su inspiración.

En el Museo Británico recorrí extasiado salas profusas de papiros y códices, piedras jeroglíficas, esfinges

y tótems, ídolos y máscaras, frisos y bajorrelieves, sarcófagos y momias, ánforas rotas y estelas funerarias, caminaba entre la presencia abrumadora del pasado, admirando aquellos pueblos que nos legaron la letra y el número, el bronce y la cerámica, el arado y la rueda, el papel y la seda, el reloj y el astrolabio, pueblos de navegantes que surcaron mares, de trashumantes camelleros que atravesaron desiertos y de sabios y poetas que fabularon cosmogonías.

En el pabellón de Grecia y Roma admiré el busto de Adriano rescatado del Támesis en el siglo diecinueve y que Yourcenar vio en su adolescencia en su primer encuentro con el emperador. Admiré un ánfora ática con Triptólemo dibujado en su carro de serpientes y un plato de Kamiros que representa a Euforbo, hábil lancero, el más bello troyano, exquisitamente perfilado y con bucles atados con redecilla de oro. Y admiré estatuas que cobran vida en los pedestales: Zeus portador de la égida y victorioso hijo del tiempo, Hera de ojos de novilla, Apolo con arco de plata y aljaba al hombro, Eros hiriente y no herido, Medusa serpentina de mirada que petrifica, Dionisio cabrío y de boca empurpurada, Hermes alado y zahorí.

Al atardecer enfilé rumbo al Parlamento. En el puente de Westminster, que resplandecía como un arco de fuego sobre el agua, musité el poema de Wordsworth *Composed upon Westminster Bridge, September 3, 1802*. Entré

a la Abadía y admiré columnatas, abovedados techos y vitrales medievales. Caminé por pasillos cubiertos con tumbas de príncipes y abades, artistas y sabios. Ante el panteón de Newton, *el último de los magos*, rendí tributo a ese hombre genial e inabordable que en 1666 inventó el cálculo y halló las claves que lo llevarían a las leyes de la mecánica, la ley de la gravitación y los descubrimientos sobre la luz que revolucionaron el mundo. Me acerqué al Rincón de los Poetas, rodeado de lápidas y bustos de los altos cantores de Inglaterra que, como amigos que se encuentran en un país desconocido, aceleraron mis latidos. Me senté dispuesto para el *Evensong*, invocando el ilustre nombre de Henry Purcell, *Orpheus Britannicus*, organista de la Abadía en 1679, donde está enterrado. Desfilaron niños de alba y túnica y el director me invitó a subir al coro para participar de una hora de bienaventuranza.

En Oxford Street, *madrastra de corazón de piedra*, recordé a Thomas de Quincey, escritor que peregrinó en la penuria bajo los reverberos de esa calle, que conoció el opio y describió sus delirios con soberbia prosa. Y recordé a Samuel Taylor Coleridge, su amigo e interlocutor, opiómano como él, en cuya poesía graznan extrañas aves y circulan buques fantasmas y que asistía a clases de química en la Royal Institution para enriquecer su *provisión de metáforas*. En la barra de un *pub* de Greek Street, oyendo canciones de *James* y *The*

Verve, entablé conversación con Gary, apuesto muchacho que me acompañó durante mi última noche en Gran Bretaña.

Fue un hermoso viaje, colmado de presencias y sonidos, aromas e imágenes: el faro de Mumbles en la distancia y un paisaje galés de matices rosa y malva, la roca de la que Arturo desclavó Excálibur, la catedral de Durham sumergida en la niebla, umbríos y silentes sotobosques de Hyde Park, árboles ateridos bajo cielos grises, copos de nieve en una tempestad de invierno, calzadas romanas y callejuelas medievales, óleos renacentistas, Vermeer de cuarzo y alabastro, los leones de Trafalgar Square apostados bajo la lluvia, el 84 Charing Cross Road, camafeos, sardónices y piezas numismáticas de Soane Museum, *la sombra de la estatua de Samuel Johnson*, ángeles de ala cansada, gárgolas y rosetones góticos, arbotantes, botareles y astrágalos labrados, centauros y lapitas en un friso griego, columnas de fuste mutilado y estatuas cinceladas, severas y verticiladas que salieron del mar incrustadas de volutas y conchas y cubiertas de raeduras y derrubios, estatua de granito arenoso o mármol lívido y doliente, estatua de ojos vacíos y con tobillos rotos *al bajarse tal vez del pedestal*, estatua de bronce verdoso y denegrido, descoyuntada por los siglos y velada por la pátina de las caricias furtivas.

A mediados de 1998, di una charla sobre Borges. Para documentarme leí la afectuosa biografía que le dedica María Esther Vásquez, y repasé la anécdota del suicidio frustrado de Borges, quien el 24 de agosto de 1934, día cuando cumplió treinta y cinco años, decidió quitarse la vida agobiado por angustias secretas. Salió de su casa de la calle Maipú, pasó por una librería y compró una novela de Ellery Queen, adquirió un revólver en una armería de Almagro, avisó a su madre que dormiría afuera, se dirigió a la estación Constitución y tomó un billete de ida para Adrogué. Vio en el reloj de la estación que eran más de las once de la noche, caminó hasta el hotel Las Delicias, pidió la habitación diecinueve, la de siempre, se descalzó y sin destender la cama, se recostó vestido, tomó ginebra, leyó párrafos salteados del libro, empuñó y gatilló el revólver, lo sintió en la sien, pero no tuvo el valor de disparar. Se durmió al amanecer. Al despertar en la mañana, sentía el sabor de la resaca y la derrota.

Cavilé en el episodio y decidí renunciar al empleo para viajar a Adrogué, donde esperaba estar el 24 de octubre, día de mi cumpleaños treinta y cinco. Además de ir tras las huellas de Borges, me proponía meditar sobre el rumbo de mi vida, y si fuere el caso silenciar el latir de mi corazón. Llevaba varias cajas de barbitúricos en la mochila. Una mañana de septiembre dije adiós a mis padres, mis tías y mi perro Bambino. Me detenía en pueblos, me sentaba en la terraza de un café a ver atardecer,

pernoctaba en hoteles y viajaba en buses atestados de gente de cara ancha y piel cetrina, cabello liso y mirada oblicua, crucé descoloridas laderas de arena, bordeé el Pacífico, conocí viajeros de otros países, de rostro curtido y morral a cuestas, avisté cielos australes y nevados y merodeé por muelles y calles sin más norte que mi deseo.

A principios de octubre arribé a Santiago de Chile, atravesé los Andes y vislumbré el Aconcagua, *padre de aguas*. Pasé unos días en la bella Mendoza, divagué por sus parques, caminé por la calle San Martín y rememoré al joven Cortázar cruzando el puente de una acequia, un día de 1944, con un tomito de poemas de Coleridge en el bolsillo. El 17 de octubre llegué a Buenos Aires, la porteña, la italiana, la española, la judía, cautivadora y musical, guardiana de secretos, seducciones y vicios, en cuyas madrugadas habría de vagar entre amantes clandestinos y gatos callejeros. Me registré en un hostal de Lanús y salí al centro. La algazara de una manifestación llenaba las calles de tambores, consignas y cantos. Me paré a observar cómo se aglutinaba y discurría la multitud y sentí la tentación de mezclarme con ella para sentir su pálpito, perderme en el tumulto y apretarme contra otros cuerpos. Pasaron los últimos manifestantes, las calles se fueron despoblando y apenas, débil y esporádico, llegaba un grito o un redoble de tambor.

Salí tras los pasos de Borges: la calle Tucumán, entre Suipacha y Esmeralda, donde estaba la casa en que nació en agosto de 1899, casa de planta baja con azotea, zaguán, dos patios, un aljibe y en el fondo una tortuga para “purificar” el agua; la casa de la calle Serrano, en las orillas de Palermo, con jardín, patio ajedrezado, verja con lanzas y una biblioteca de *ilimitados libros ingleses* donde presintió su destino literario y donde su padre le explicó, a la luz de una lámpara de gas y con ayuda de un tablero de ajedrez, la carrera de Aquiles y la tortuga; y en cuyos anaqueles encontró las fábulas de los hermanos Grimm, *Las mil y una noches* y un libro de *Las siete maravillas del mundo* con un grabado del Laberinto de Creta; la placita del Once, donde se veía los sábados por la noche con Macedonio Fernández, *hombre de largos silencios*; el barrio Sur, que quiso tanto; la Biblioteca Miguel Cané, al sudoeste de la ciudad, donde trabajó nueve años adversos como auxiliar y donde escribió *La biblioteca de Babel*; la Biblioteca Nacional, en la calle México, que dirigió por veinte años; el departamento en el sexto piso de Maipú 944, compartido con su madre Leonor, Fanny la empleada y el gato Beppo; la cercana Plaza San Martín y las campanas de la Torre de los Ingleses, que lo acompañaron durante los años solitarios de la fama, la ceguera y la vejez. Imaginé la ciudad que asombró a Borges al llegar de su adolescencia europea y que inspiró

Fervor de Buenos Aires, ciudad de calle empedrada, casa baja y patio de baldosa colorada, conventillo vetusto y arrabal poblado por sombras de cuchilleros, racha de milonga silbada y vaharada de mate curado.

En la Librería La Ciudad, adquirí *Adrogué*, rareza literaria que reúne trece poemas de Borges ilustrados por su hermana Norah. Conversé con María Esther Vásquez en su departamento de Palermo, anduve por Recoleta, me paseé entre los panteones, me demoré ante la estatua de Manuel Mujica Láinez, inolvidable autor de *Bomarzo*, departí con el librero Héctor Yánover en La Biela, café frecuentado por Adolfo Bioy Casares, entrañable amigo de Borges con quien compartió libros y amistades, risas y fervores. Me tendía en el césped de la Plaza Francia, siguiendo con la mirada a los bellos muchachos bonaerenses, algunos con bosquejo de barba, otros con patillas, cabello largo, pantalón ceñido y remera de cuadros. Me gustaba oírlos con ese hablar mimoso y verlos darse un beso en la mejilla. Me sentaba en una banca de la Plaza San Martín o de la del Congreso, curioseaba en las librerías o vagaba por las avenidas con sus confiterías, ombúes y balcones florecidos de glicinas y claveles. Al atardecer fumaba un porro en el Parque Lezama o me recostaba entre los vagabundos al pie del Obelisco, y en la noche caminaba por lentas aceras bajo la luna de octubre.

El viernes 23, víspera de mi cumpleaños y del viaje a Adrogué, Aníbal Abramovich y Gustavo Tauschek, conocidos de amigos míos de Medellín, me invitaron a un recital en el Teatro Colón. Me prestaron frac y zapatos y me anunciaron que estaríamos en el palco presidencial. Como explicación, me dijeron que el presidente prefería el fútbol a la ópera. Durante el entreacto, en el vestíbulo adornado con columnas y estatuas, brindé con champaña y sonreí ante la ironía de que un poeta de frac prestado estuviera en el palco del poder. Tras volver a mis tenis, jeans y leñadora, caminé considerando mi situación: sin dinero y sin a quien pedir ayuda, mis alternativas eran regresar a Medellín en autostop o tomarme una sobredosis en un hotel de Adrogué. Me preguntaba, como cierto personaje de Dostoievski, si sería el momento de *romper la copa que contiene el licor*.

Al día siguiente por la mañana partí de la estación Constitución. Al pasar por Banfield recordé a Julio Cortázar, querido cronopio. Allí, en un chalet con jardín y biblioteca, creció aquel muchacho tímido, larguirucho y afrancesado, allí se enamoró de lo insólito y lo lúdico y de las letras, descubrió a Verne, a Dickens y recibió *la gran sacudida* de Allan Poe. Y recordé el espontáneo homenaje que le rindió la ciudad: a fines de 1983, Cortázar, de setenta años, estuvo una semana en

Buenos Aires. Quería ver a su madre y su hermana, amigos y lugares. Caminando una noche por Corrientes, alguien gritó: *Ahí está Cortázar*. Una multitud lo rodeó, le pidieron autógrafos, lo tocaron, le estrecharon las manos, lo besaron y una linda joven llamada María le entregó un ramo de jazmines sobre el que Julio se inclinó para aspirar el perfume. Dos meses después moría de leucemia en un hospital de París.

Al bajar del tren y evocar a Borges, tan entrelazado con mi destino, me enjugué las lágrimas. Borges amó Adrogué, donde veraneaba con la familia, y amó el hotel Las Delicias, amó sus alamedas, jardines y surtidores, esculturas decadentes y bancos de mampostería, disfrutó caminar de noche por calles arboladas y olorosas de madreselva y eucalipto, ligustrina y jazminero en flor. Pasé la tarde deambulando, admirando quintas y jardines, invocando rostros y voces, añorando el abrazo de mis padres y los juegos de Bambino y meditando en los años que se van con sus afanes y efímeras alegrías y en la juventud que se marchita y en las ilusiones perdidas y en la muerte, el tiempo y la distancia que nos arrebatan para siempre a los seres queridos y es como si hubieran sido un sueño.

Sentado en una banca de la Plaza Esteban Adrogué, en la ribera del olvido, cavilé en el tiempo

inextricable con su madeja de causas y efectos, tiempo rico en dones que pulsa en el átomo y aletea en la pirita, tiempo a paso de buey o veloz como la saeta, suspendido del hilo de la memoria o enroscado en la espiral del caracol, tiempo intocado que embellece la flor y la marchita, aniquila tumbas, carcome estatuas, cuartea pergaminos y pulveriza piedras con el roce de su ala, tiempo que deja caer su gota ácida, tiempo compartido y restañador que espolea la brisa y deshoja el sietecueros, tiempo hermano del espacio, tiempo de la clepsidra y tiempo del astro, tiempo de puntiagudo instante que nos acosa, Cronos voraz que ilumina y apaga nuestros ojos, arista y capitel del tiempo, sol y luna del tiempo, serpiente de párpado pétreo y lenta mordedura, fardo que nos rompe el hombro, río que huye desbocado sin jamás volver el rostro.

Cerca del atardecer me dirigí a un hotel. Mi plan era dejar el morral en la habitación y salir a contemplar el ocaso, que prometía ser fastuoso. Luego regresaría y tomaría una resolución. Me disponía a registrarme cuando divisé una cabina telefónica en una esquina del vestíbulo y cedí al impulso de llamar a casa. Contestó mi madre y a través del océano del aire me mandó su besito de cumpleaños. Me preguntó cuándo iba a volver. *Todavía no sé*, le dije, pensando que tal vez sería *nunca*. Y escuché el ladrido de Bambino, como queriendo felicitarme. Supe

entonces que mis viejos y mi perro me aguardaban y que aún no había agotado mi destino.

Con un sangriento sol desmoreciéndose en un firmamento de nácar me encaminé a la estación. Al subir la escalerilla del tren a Buenos Aires volví el rostro para agradecer al Universo mi vida de poeta y despedirme de aquellos santos lugares, como el viajero que, desde el barco, dice adiós a la costa que se esfuma.

Antínoo

Antínoo

I

El primer día del mes de Atir
el segundo año de la ducentésima
vigesimosexta Olimpiada
la rubia sonrisa del dios Sol acariciaba
las colinas de Oriente
—tú llorabas—
remontaba la luz su trayectoria
en el cielo del Egipto milenario
—tú amabas más las sombras de la noche—
el rocío enlucía la pestaña del nenúfar
corriendo por su piel de púrpura
—y por tu pómulo soñoliento aún—
el llanto de la mañana moría
en las ondas del estanque
—y alcanzaba tu labio de sensual bisel.

II

Con tal postrer llovizna despedías
el jardín del Amante
ya no te arrobarías ante los astros
—pasarías a ser uno entre ellos—
no adormecerías los pesares
en el altorrelieve de un torso
porque éstos
eran sed de infinitud
contorno de nimbo en el pecho apresado
sed que abría senderos en la tierra
hacia el dulce reclamo del agua.

III

Pensaste acaso
al influjo del adiós estelar
que tu adiós sería el caer de una hoja
de Su laurel imperial
Si supieras cuánto fuiste para Él
fuiste por años lirio de las aguas
abriéndose a Su beso
fuiste clámide y lebrel
faz irrepetible
y aun en éxtasis melancólica
que lo ataba con su raro ensueño
fuiste promesa que se tiende a las plantas
del desengaño para iluminarlo con un roce.

IV

Por qué Lo abandonaste
la Historia te pregunta…
acaso ya del cielo gris
no caía escarcha al huerto
acaso se llevaban las albas
tu donaire
acaso por noble sacrificio
mas quizá te parecieron
—como a mí—
veinte años bella edad
y el agua poesía
para hacer de una vida vana
fantasía en los milenios.

V

La Náyade te guió
en tu marcha hacia la última ribera
atrás quedaba el Tíber
y los íntimos perfumes otoñales
—tu presurosa desnudez de cara al río—
lejos la mañana compartida
bajo el azul intenso de las Islas
—tu solitaria inmersión de amoroso delfín—
lejos el juego donde siendo Él
crucificado grito, fueras tú rendida cruz
—y tu boca en el agua que se entreabre
como quien pide un beso
como quien muere de sed…

VI

"¿Y dónde está mi joven pastor?"
ascendió Su lamento al descubrir
una estatua de alabastro y sol
anegada entre lodo y guijarros
"¿y la luz de tu mirada tenue?
—cristal de lapislázuli al poniente—
¿y el flotar de tus bucles bitinios?
—sombrío oleaje alzando vuelo—
¿y la tensa delicia de tu vientre?
—juego de cuerdas tendidas bajo mi mano
de asombrado citarista—
¿y el calor que en la noche elevaba
incendios en mi piel, haciendo
de cualquier estancia morada de dioses?"

VII

Es tanto de golpe
con el cuerpo querido que se pierde…
el dulce rostro joven
y la boca nunca demasiado besada
el pie que corriera tras los ciervos
y el torso
que elevara murmullos a su paso
la cabellera de fauno en que navegó
una mano
la seda o piel de las unciones
y el rosado orbe de los ocultos besos
todo ahora perdido bajo el lodo.

VIII

Cuando el amigo no abreva
su sed junto a la nuestra
¿qué son sin él los caminos y la noche?
—la nevada cumbre del Etna
remontada a tu lado, un anochecer—
¿y la brisa de altamar bajo los astros?
—noche consagrada al misterio
absortos ante el llanto de las Pléyades—
¿y los cánticos tristes y la inmortalidad?
—el delicado élegos
opuesto al moaré rosáceo de tu labio—
¿qué es sin el cuerpo amado
un imperio, qué un Zeus Olímpico?

IX

Tantas horas desnudas
un cincel copiando en mármol
el mohín exacto de una boca
la curvatura lisa de tu muslo…
pero ante la dulce y dolorosa
certeza de la carne
para qué la eternidad de una sombra
que no tiembla
Sueño de ser Prometeo
y robar el soplo de fuego que ilumina
la pupila con luz
del astro y la luciérnaga
que tiñe la piel con tonos
de auroras y de miel
y colma al ser
con sonidos, sabores y fragancias.

X

Ya el horizonte se extinguía tras Él
con el arribo de púrpura y estrellas
mas para Su alma flagrante
qué era una lágrima
qué era un clamor
qué era tener tu corazón de muchacho
entre las manos
¿y su música?
qué era eternizar la forma de tu cuerpo
¿y su llama?
qué era la vida, vino breve
sin tu dulce fisonomía para el libamen.

XI

Habías sido
huésped, escanciador y compañero
habías sido
el culto, la ofrenda, los misterios
como Baco Su vendimia
como Ceres Su espigar
y en el silencio del dolor
Él oyó tu paso alentando
en lejanos corredores
tus pies acariciaban
las losas que vestían el camino
hacia la puerta de los dioses
y fuiste dios por Él
con el derecho que da el amor.

XII

Te habías desleído ya
y en la noche egipcia
la luna iluminaba
apenas para adivinar
dónde terminaba
el sollozo de un hombre viejo
y dónde empezaba
el epinicio de las aguas
Te habías desleído ya
y en la noche egipcia un hombre
de cabellera claroscura
y por nombre Adriano, soñaba:
veía Antinópolis naciendo
de entre el légamo de Bessa hasta ser
nube azul en la noche, luminosa.

El rosa

Del vino, que un dios comparó a su sangre
Del versátil teflón de los delfines
Del laurel, que no sabe que hoy es verso
De un geranio en jardines orientales
De un vitral olvidado de la infancia
De una nube en el ángelus de Amalfi
De la luna entre gasas boreales
De la tibia franela que me abriga
De la veta en el mármol de un Apolo
De las franjas nevadas en el Etna
De las islas de Grecia a cierta hora
De las tersas arenas del desierto...
Es el mismo rosado que hoy he visto
Temblando sobre un labio de muchacho.

El beso

Y saber
que partiendo de la nada he debido
hacerme
grito de conciencia y carne
precipitarme
en este y no otro cuadrante del tiempo
gravitar
este preciso tramo del espacio
y abatir
todas las leyes de la probabilidad
para alcanzar
la húmeda orilla de tu boca
y ser
tu propio aliento en este beso.

Tres haikús

¡Un meteoro!
Feliz que ha visto a un tiempo
el día y la noche

Llega esta brisa
de sembradíos de piña...
Ahhh...

En el Ganges
la luna milenaria
sueña abluciones.

Hoy

He consagrado un instante a imaginar
la sombra de Alejandro
ocultando al sol la desnudez de Diógenes.

He pasado la mano
por el tronco centenario del roble
para mendigar el denario difícil de la paciencia.

En un par de versos
he columbrado la cabellera itinerante de Rimbaud
—ahora un puñado de polvo francés.

He sentido el desliz de una caricia
con el mismo asombro
de aquel desnudo adán de las grutas.

He tendido la mirada hacia la altura
exorbitante en astros, para recoger
la nocturna vendimia del misterio.

He desaprendido un dolor de siglos
en la huella migratoria y tenue
que la lágrima traza en el pómulo.

He agradecido el don de ser
un pertinaz aliento en el espacio
y un par de huellas en el tiempo.

Estos instantes justifican un día fugaz que
—precipitado entre el sol y la luna—
es cifra de toda una existencia.

El vino

La sangre y la metáfora de Cristo
La inmemorial jornada de vendimia
El trago pasado de una a otra boca
La atmósfera sensual de los viñedos
La historia de la ira de Noé
El resbalar de uva y pie sobre el lagar
La forma casi humana de las ánforas
La danza y la embriaguez de las bacantes
El bucle en vid de los escanciadores
La dicha presentida en un bouquet
La fiesta de la luz en los cristales
El acridulce mosto de la vida...
Tantas cosas que vuelven de repente
Porque un vino se vierte en la garganta.

Equivalencias del aire

Una voz quebrada
y el acorde doliente del sitar
es la luna reflejada en el sagrado Ganges
Es el yogui, cerrados ojos al entrar en sí
como yo cerrados en el beso:
cada uno salvándose en su dios
Es Uríes, Fernando y aquel trayecto compartido
hacia Indias interiores.

La cópula de una boca y siete cañas
—alquimia del viento—
es efebo indolente, campiña remansada
y rumor de tarde frutal y égloga
Es dulzura o pastoreo de una vida breve
y es Antínoo:
metáfora de ese dios de ardiente sangre
que cada uno ha amado y cada uno ha perdido.

La antífona desnuda de los monjes
—latín de la penumbra—
y el jubiloso Bach de pasión y cantata
es la multicolor geometría del vitral

y un ámbito de mármol, aroma y silencio
Conversión de aliento en arrebato
después de un cálido tránsito en la carne
es la garganta soñando eternidad.

El festivo palpitar del pandero
es de verónica, arena
y escarlata la bravía tarde
y murmurio vivaz de morería, romeraje
y tanto compartido García Lorca
Es Aura Yerma, es Juan Gitano:
nombres de una sola piel querida
o tibieza palpable de dos almas.

El herido derramarse de la quena
es el cóndor de los Andes que se eleva
como un estremecimiento de la tierra
Es el inca y sus ojos
espejo de una tristeza más antigua
que sus ojos
Es el nocturno yaraví del primer hombre
y un poco mi propio ahogado grito.

En la Ribera del Olvido • *Antínoo* • Carlos Framb

La guitarra caminera
y un divagar de rasgueo
es la canción de quienes hoy en mí prolongan
la sangre, el sudor y una costumbre:
trasmutar pesares en cadencias
Es el misterioso vínculo entre
el roce de un dedo y una cuerda
y la íntima pulsión de nuestras agonías.

Grecia

Cada hombre que nos mira es Sócrates
condenado a ver bajo el tejido de la piel
el rojo sangre de las almas.

Cada ser que amamos es Cármides
nombre de ese joven forastero
que al llegar ya empieza a abandonarnos.

Cada sitio que pisamos es Grecia
porque la Grecia de Cármides y Sócrates
sólo existe al oriente del corazón.

Alexis

En tardes azules como esta
mis ojos se demoran en tu umbral
esperando verte salir
para juntos marchar a lo lejos
a triscar la hierba breve
que pronto será flor
a aspirar perfumes en la flor
que pronto será fruto
a libar el fruto delicado
que teñirá el labio
y endulzará el beso.

Pero tú entretanto prisionero
de atlas que te pierden
de cifras y verbos que te niegan
o de tantas cosas que no son para ti.
Tuyo es el lirio y el tacto del agua
tuya la mano en la suave curvatura...

Algo rosado está ocurriendo al horizonte.
y aún no vienes, cervatillo...
Que taña la campana del ángelus

mi funeral y el de los astros
que se aneguen en mis ojos
los trazos del Universo
¡qué me importa!
si la promesa se ha perdido otra vez
y me duelen tanto nuestras tardes separados.

En mi vida

Por lo menos un instante
he sido todos los hombres:
he sido agua y sed, desnudez y llanto.

Llega un momento cada noche
en que sólo deseo algo blando donde rendirme
y desaprender el Universo.

Anudando mis dispersos instantes de gozo
podría formarse
una estación plena de vendimia.

He visto a toda grandeza
asumir una mínima dimensión de lágrima
—ante una tumba.

De la naturaleza humana he aprendido
que la pureza del hombre hay que medirla
en su peso exacto de cristal y barro.

La sangre de mi cuerpo sabe
que nuestros dioses verdaderos son aquellos
que ama nuestra carne.

El fondo de mi ser sabe
que no podemos aspirar a otra salvación
que a la de la tersura de una piel.

Y he de resignarme
—a falta de un verbo
que conjugue al hombre en lo eterno—
a escribir esta efímera palabra.

Omnis moriar

No soy el primer adán que sueña no morir del todo y salvar un instante de paraíso al censo irrevocable del olvido.

Pero la fuerza de la vida me ha enseñado que nada hay acumulado en letra que no sea ceniza de quemadas naves, que la huella sólo queda en la planta del viandante, que he de pasar llevándome la esencia: el fulgor del sol, mil veces milenario y cada día nuevo, el momento en que me fue dado aquilatar el privilegio de existir, la leve hora en el cálido contacto de otra piel, la conciencia de ser una forma irrepetible: dócil barro en la mano del tiempo, el vertimiento del agua en la garganta de mi sed o en la almohada de mi llanto...

Moriré del todo, como este solitario instante, que ya no es.

Bagoas ante Endimión

Carruajes blancos, blancos corceles en jaez de plata nos trajeron aquel día a este santuario. Hoy vuelvo a Latmos. El viaje esta vez se ha hecho sobre la desnudez reverberante de la piedra. Vuelvo hoy ante Endimión, solo y bajo un cielo poblado de ausencias. Mi señor Alejandro ha muerto hace tantos años, que por momentos creo no sentir dolor, tal vez por la misma ley que hace a mis pies, saturados de camino, no percibir cansancio.

Aquella vez la estatua tuvo su ofrenda, libación y sacrificio, clamor de esclavos y cestillos de jazmín. Mi señor, recuerdo, vertió un poco del vino de su crátera, extasiado en la contemplación del dios que pronto pasó a mí: me miraba, buscaba algún secreto vínculo entre tú, divino pastor de Caria, y yo, su recién llegado esclavo persa. Uno de los músicos del séquito se llevó a los labios la flauta travesera... Fue tal la exaltación que mi boca, abierta sólo para morder el fruto y aceptar el beso, quiso hacerlo para el canto. Y aquí mismo, con la cabellera al viento, canté a la miel de vivir desde la plenitud del que ama.

Entonces el amor era una dicha tan insólita y yo un niño tan solitario y temeroso, que por ser a sus ojos

algo más que un bello esclavo, ocultaba con ingenua vergüenza las humanas debilidades que podrían alejarle de mí. Pero el amor, lo supe luego, lejos de excluir nuestras flaquezas, compromete el calor y peso de la carne tanto como el íntimo arrebato del espíritu. Lo recuerdo besando mi piel en la sudorosa medianoche de la Bactria; recuerdo aún —con el rojo batallar de las huestes por trasfondo— la ardiente cercanía de ese cuerpo suyo lacerado por el sol del destino, que tan pronto lo templó al calor de la gloria y tan pronto lo ha sometido al fuego lento del olvido. En ese entonces semejábamos a dioses: él a fuerza de hazañas, yo de caricias...

Cumplida mi lejana promesa de volver a tu santuario, oh Endimión, contempla desde el ciego mármol de tu pupila a este viejo eunuco que parte para siempre: sabe que fui Bagoas, aquel que un día te mirara como a un igual desde estos mismos ojos; el bienamado Bagoas, un muchacho que huyendo de sí mismo fue dejando, ya lo ves, pies y piel por el camino.

El poeta

El maestro me habló así:

Antes del principio era el no ser, era la ausencia. Pero del mismo modo que la boca sedienta clama por el agua, esa nada original incubaba un germen de deseo: el deseo del ser. Este deseo era mínimo hálito sin brújula ni mapa en las mágicas rutas del azar, pero a partir de él hubo de hacerse el tiempo y el espacio —que son dos hermanos y son uno—, la luz y la tiniebla, la forma y el vacío, la elipse y la espiral.

Empezaba la sed a crear el agua gota a gota.

En el mar sideral y profundo del espacio, las estrellas eran la ostra en que se urdía la perla de futuros mundos. Y de entre estos hubo uno, todo piedra, ceniza y soledad, cuya piel viviría de tatuarse en carne, flor y mar. Antes de este azul paraíso nuestra Tierra fue atroz infierno, y sin embargo en aquel fuego ya estaban el cristal y la luciérnaga, en aquel lodo la nube y la lágrima, en aquellas humaredas el grito y la cadencia, en las pavesas la llama inextinguible de la rosa.

Pero aún faltaba una pupila al Universo.

Por millares de milenios, el espíritu del ser buscó su rostro en este suelo, reuniendo lo disperso en vida,

En la Ribera del Olvido • *Antínoo* • Carlos Framb

multiplicando la vida en forma, decantando la forma en perfección. Y fue branquia, pulmón y ala. Y fue polvo y barro, y en ellos se entregó a esculpir su obra. Acendrándose con paciencia, se reconocía poco a poco en la textura de una piel, y con amoroso cuidado se labraba la boca y la mano, el sexo y el alma, concediéndose la virtud de ser pluma en la dicha y acero en el dolor.

El deseo creador era capaz de sensación.

Y cuando la criatura logró mirarse a sí misma, devino la conciencia y la infinita posibilidad del ser humano. Imagínalo, salvaje entre bisontes, hermoso ante el recién ganado fuego, maravillado ante el orden del cielo. Imagínalo, midiendo el tiempo en el rubor de la fruta o la floración del campo, robando al aire el secreto nombre de las cosas. Imagínalo al anochecer, aquilatando su propia y misteriosa magnitud a la lumbre remota de los astros o bogando en la tersura de otro cuerpo.

El Universo ha guardado impenetrable su enigma, precipitándonos al estupor de lo mágico y lo arcano. Por ello, no existe la verdad que buscas y estas palabras lo son en la medida en que son mito. Por ello, el joven adán en su temprano paraíso era también temor. Y

pronto el ser humano y su temor inventaron un nuevo género: los dioses. Y el género engendró especies: ídolos y héroes, genios y demiurgos. Y el ángel, de cuyos omoplatos prendió el regalo de unas alas, prohibiendo a su tacto la caricia. El ángel alzó vuelo a la manera de una libélula, pero eligió consumirse en la llama de otro cuerpo y cayó. Y de esa caída se irguieron los demonios. Rendido el hombre a sus dioses y demonios, no cesaría de erigirles templos. La eternidad era vendida al precio de la ignorancia por los mercaderes de salvación. La sal del misterio se desvirtuó en falsas certezas: pretexto para impedir que el árbol del conocimiento madurara al sol propicio de la duda. La alegría perdió su nombre en la babel de la soberbia, y, por generaciones de esclavitud y espadas, el muecín de la desgracia proclamó su muerte cada nuevo y ominoso anochecer.

Y, aun así, el Universo es un acontecimiento precioso, pues en él mora un ser que tiene por religión el saber y la belleza, y por destino armonizarse con los seres y servirles de coral y estremecida voz. El Universo ha evolucionado hasta la conjunción de un día de paraíso y un adán de ojos abiertos. Hoy es ese día y tú eres ese hombre. Y es en tus ojos que descubrimos cuánto infinito

anida en lo elemental y en tu voz que trasmutamos los temores en música.

Un instante, recapitula conmigo… Aquel magnífico y remoto detonar que entre llamaradas creó el tiempo, la danza de fuego y polvo en la escena y curvatura del espacio, las pavesas estelares configurando el orbe de la Tierra, el hálito primordial de vida en las natales aguas, la huella de las generaciones de criaturas decantando una forma en flor y carne, el mutuo juego del sexo perpetuando el esplendor y la penumbra en otros seres, las guerras de fuego, los dioses de mármol, las cuantiosas lágrimas, los diversos azares, lugares y semillas… Comprende que todo ello converge en el breve territorio de tu ser, por un instante hecho conciencia, poesía y piel de estrellas.

Un día
en el paraíso

Víspera

Quién será el que conmemore el *Big Bang* creador del cual soy eco; quién, la contráctil gravedad que llevó al hidrógeno a danzar, hacerse luz y condensarse en orbes. Quién habrá de celebrar cada encuentro afortunado de molécula en el océano de la temprana Tierra y a qué hora del día que empieza evocaremos el instante en que la arcilla primordial tornó a ser carne, íntimo fuego, y el mundo se hizo policromía en el cristal del ojo.

Quién, sino el adán que en mí despierta, proclamará las buenas nuevas que nos aguardan este amanecer: también hoy la mañana prevalece y rueda la Tierra, exuberante azul, con la temperatura precisa para la piel desnuda, redobla todavía en el pecho la ola de la sangre, guarda la rosa fragancia bastante para la embriaguez, destila la fuente el agua que abrevará la sed de la garganta. Y qué más quisiera el agua que hubiera hacia ella una sed grande.

Aún hoy la vida vive y sigue en los seres abriéndose caminos a la luz.

Epifanía

Levitan en el aire del planeta esta mañana molécula de flor, murmurio de ave y polvillo vestigial de mariposa; partícula fugaz de rosada claridad atraviesa mi pupila, impregnada de abismal tiniebla, y, por vez primera hoy en el decurso de los días, he llorado de saberme el increíble habitante de una estrella, de saber que bogo en su atmósfera gloriosa y resido en su esplendor. He llorado al descubrir que soy ápice del tiempo y su conciencia, que en mi cuerpo desembocan y se yerguen todos los seres que han existido.

Hoy he llorado la perseverancia del aliento y esta piel donde perdura la célula primera que, hace miles de millones de mañanas, empezó a esculpir un hombre partiendo del primario lodo. He llorado al hombre, frágil cosa, y a la vez mirada y voz del Universo. He llorado el corazón del hombre, capaz de tanta dicha. He llorado la extraña dicha de estas lágrimas.

Homo admirator

Un día, la Tierra se estremeció ante un desconocido reclamo de criatura: era el vagido del humano alumbramiento. Una célula habíase escindido y duplicado hasta ser conciencia y forma capaces de rastrear el origen de la célula y descifrar la cabriola de los astros.

Hoy, como entonces, se abren nuestros ojos y es creada la mañana que viene y nos absuelve del ayer, creada es la luz que adhiere a las cosas frescura y sal de primer día, creada es la Tierra y su exultación de mundo vivo. Aún hoy la invasión de los pulmones por el aire me levanta y me sostiene, como a un adán de renovado músculo que aún no sabe de la fuga presurosa de las horas, un adán que recién se maravilla —y nunca lo bastante— de ser carne que se maravilla.

Pequeño laberinto armónico

De tal modo aviene el ruiseñor su cuerpo a la densidad del aire, que su más leve movimiento es acrobacia y danza. Y de tal modo armoniza con su música mi ser, que su más ligero trino es ocasión de placer y asombro para mí. Cómo puede el aire prestarse a tanta sutileza, a tal dulzura; cómo puede existir una criatura de pluma y canto a tal punto celestial.

Nuestra mutua devoción por el canto coral prueba una hermandad de siglos: si hay sed para el pájaro es mi sed, y si hay agua, es mi garganta la que se satisface. También en el sabor de la fruta me embriago y de su néctar me abastezco; para uno y otro es fascinante el vuelo y para ambos puede ser la vida generosa y buena.

Hermano del noble silencio

Bendita sea la simiente inmemorial que engendró el primer árbol: dónde gravitaría el ave sin su selva rumorosa, dónde reposaría el caminante sin su umbrátil llamarada, dónde —sin su levitación acogedora— habría yo morado en las antiguas intemperies y en los días pavorosos de mi noche.

Todo en mi fisonomía conmemora un ayer entre sus brazos: en sus flores aprendieron mis ojos de curioso lémur a advertir relieves y matices, en la algarabía de sus aves maduraba la garganta de mi voz y de mi verbo, la textura de sus frutos decantó la garra en mano y caricia creadora, la osatura ascensional de su ramaje creó músculos que hoy propenden al abrazo.

Es tantas cosas un árbol: sin la ofrenda y premura de su savia no correría mi sangre, sin su alquimia de agua y luz en clorofila faltaría mi apremiante bocanada y mi alimento, sin su dócil celulosa no sería la página en que hoy lo celebro, noble hermano en cuya fronda alguna vez tuve hogar y compañía de pájaros.

El acto del fruto

Ya la jugosa madurez del fruto curva la rama, y, antes de que caiga herido de terrena gravedad, se apresura mi deseo a palpar su cubierta cariciosa y a punto de estallar, a libar su dulzura que es menos un sabor que una fragancia.

La facilidad con la que a mí se rinde y la forma en que mi cuerpo la acoge y asimila, quieren confiarme que hay placer en la manzana al rozar mi paladar y que —así como la rosa se complace al prodigarme su perfume y el pájaro en su canción ambiciona deleitarme— en el acto del fruto, en el del agua, también el fruto devora a mi hambre y el agua se sacia con mi sed.

Ahora que va a prolongar mi humano tránsito, ahora que ha de renunciar por mí a su temperatura, a su forma delicada y vegetal, veo cuán justa es esta comunión: me da vigor, néctar y voz con los cuales habré de consumarlo en canto.

El tao del agua

Ahora que sé al fin lo que es el agua —cuán preciosa es para el ciclo de la vida y en cuánta exuberancia se manifiesta—, no sorprende que mi cuerpo la disfrute y sienta a tal punto placentera, que mi ser la honre, que mi voz la cante, que mi espíritu ame su fraternal virtud por la cual —una, la misma y de los diez mil seres huésped— hace suya la forma que la aloja y sin juzgar, sin atar, todo lo acoge y absuelve en su naturaleza tan sencilla y pura.

Ojalá fuera mía la generosidad del río y como él fluir sin un fin más que fluir, sin otra sed que abrevar la ajena sed, sin que nadie se resista y cada cual se allane a su natal tersura; fluir siendo a un tiempo camino y caminante, naciendo en manantial a cada instante, a cada instante desbocándose en insondables lejanías.

Oceánica

Cómo celebrar el océano, ese otro firmamento que se ahonda en precipicio y donde es líquido el azul, ese otro continente de cardumen armonioso, matizado coral y tremolar de plancton, de abisal radiolario como flor cristalina y versátil delfín, alcatraz y fragata.

Que soy del mar lo revelo y llevo escrito en cada célula. No puedo ocultar que de su vientre vengo y que fue entre su amnios primordial donde alcancé el ser: allí empezó la vida a desplegarse y con flagelos elevarse hacia la luz, allí asumió la pupila transparencia y se hizo susceptible a la caricia del color, allí perdura la burbuja antigua de mi aliento, el eco de mi arcaico balbuceo, la atlántida de mi acuática memoria.

Algo aún —vaivén de marea en mi sangre, vertimiento de sal en mi piel, humedad de lágrima en la orilla de mis ojos— atestigua mi ascendencia marina y pisciforme.

Teoría de un encuentro

Algo nos prefiguraba en cada primitivo duplicado de molécula, en cada afortunada mutación de cromosoma, en cada cópula de seres verdiazules. En otros ojos empezábamos a ver, en el pez pulmonado eras tú, era yo quien respiraba y por siglos fue guardada nuestra huella aún anfibia en la memoria deleznable de la arena. Fría sangre de reptil horadó nuestras arterias y en sus ferales fauces eran nuestra hambre y nuestra sed las satisfechas. Asistimos a la noche pavorosa del saurio y —aunque no con esta piel— al sol calcinante del terciario; en la ardua glaciación y terrible tempestad, arborícolas primates nos acogieron entre los suyos.

Cuántas edades trabajándonos un rostro, dibujando nuestros labios, tornándose en humana pubescencia las escamas, cuántas distancias esculpiéndonos los pies, inventándonos caminos, dejando a la abrasión del tiempo decantarnos un perfil, cuántas agonías sobreviviéndonos en cada decisivo alumbramiento, renaciendo siempre con la probabilidad adversa, siempre en busca de una nueva perfección, de una mayor tersura, de un cerebro superior a medida que nos erguíamos.

Cuánto Universo para que hoy nuestras manos se encontraran.

Loto de mil pétalos

Con qué pasión se ha consagrado nuestro humano cerebro a nombrar y conocer el Universo, a indagar por su origen y descifrar su laberinto. Con qué placer acoge y premia cada nueva certidumbre y va perfeccionándose en elaborar cosmogonías, reflexiones y sutiles paradojas.

Todo cielo e infierno está en sus pliegues, en su delta inverosímil de sinapsis fluye un tránsito de ayeres que se remonta al génesis, por su innúmera red de axones y contacto entre hemisferios se despliega el pensamiento que nos labra y esclarece, tras sus fisuras se agazapan los dioses que nos sueñan y en su líquida arquitectura de neuronas —rosado *loto de mil pétalos*— alcanza su clímax y se asombra de asombrarse la materia.

En la Ribera del Olvido • *Un día en el paraíso* • Carlos Framb

Dharma

Desde el alba del tiempo todos los seres se deben al darse —forma que tienen de ser espirituales y de participar en la totalidad—. Desde el día primero todo es alrededor perpetua ofrenda: cada sol busca irradiar, salir de sí, animar mundos, cada hontanar quiere emerger, ser ablución, fluir frescura, ni un átomo hay que no propenda a congregarse, no hay una piel que no ambicione ser compartida suavidad.

El supremo deber de cada uno es ser razón de ajeno gozo: lo advierto sobre todo en la canción del pájaro —si dejara de cantar habría menos alegría aconteciendo—, en el fruto generoso que se rinde y más que nada en la entrega cotidiana de la flor: comulgar con lo viviente en fragancia y colorido es la forma que tiene de ser fiel a su destino, así como entender y celebrar el Universo es mi forma mejor de armonizar con lo creado.

Y nada hay para mí más allá de prodigar conciencia, como nada hay para la rosa más allá de darse en flor.

Ceremonia

Cada rosa en su despliegue de perfume a sí misma se celebra, en su dádiva de color se justifica. Y en el breve territorio de mi cuerpo se compendia y celebra el Universo: en el arco de mi pie la ubicua y triunfal gravitación que curva y ata, en el orbe de mis ojos la perenne iridiscencia y vuelo libre de la luz, en el pulso de mi pecho el detonar creador que inauguró la diástole espacial.

Algo hay en mi piel que conmemora el trayecto cotidiano de una estrella, y en mi sangre un pasado entre marismas y follajes. Cada una de mis células custodia en su entraña la memoria de la vida, una sola de mis lágrimas convoca los misterios de la música y del mar.

Gaia

El humus de la Tierra no es el mismo de otros mundos: cada mota terrestre ha padecido una o más encarnaciones de vital alquimia, un puñado cualquiera ha conocido de dolor y esplendor, cada estrato ha sido senda innumerable de organismos, cada sedimento ha alojado palpitaciones y estridencias.

Oh viviente lugar del cremoso manantial y el oleaje de la espiga, de la ruta crepitante y escarlata del basalto, de la glacial región donde la aurora irisa y exubera el géiser, del fugaz anochecer acribillándose de soles y luciérnagas. Vertiginoso mundo propicio al decibel armonioso de la música, a la rubia polvareda de la espora, y único planeta que me acoge como suyo, engendrándome en cada órbita, siendo siempre tempestad, siempre remanso, siempre en alguna coordenada elaborando maravillas.

El Sol de nuestro día no es el mismo de otros mundos: el nuestro es luz del paraíso.

Más acá de la heliopausa

Quién diría que también el Sol está en la noche y ha comenzado a perder brillo y devenir penumbra, que también de sí mismo es huésped y un día —ardido su oro, consumido su hidrógeno y perdido el equilibrio entre sus fuerzas— habrá para sus mundos un último y terrible atardecer, que su áurea trayectoria cesará de esparcir el rubor sobre la flor, disipar la tiniebla y prodigar claridad de mediodía, que su lengua incandescente lamerá el sediento mar y diluirá los fundamentos de la Tierra, coloreando de gloria fantasmal los horizontes planetarios.

Y cuál no será mi arrobamiento al descubrir que soy esquirla de una estrella y de su alquimia sensitiva filigrana, que cada átomo en mi cuerpo es su pavesa, cada uno de los seres su progenie, cada cosa más acá de la heliopausa una sombra de su luz.

En la Ribera del Olvido • *Un día en el paraíso* • Carlos Framb

Amica silentia lunae

Qué no habrá visto la Luna en el espejo de su ayer: habrá visto los tempranos sobresaltos de la Tierra y sorprendido los volcánicos trasiegos de su génesis; nacimiento de islas con exaltación de aurora y levitar de primordiales silicatos, hoy sobrefaz del paraíso; tersuras fluviales irrigando oquedades, yermas planicies alfombrándose en floresta y vegetales vaharadas construyendo la región del azul.

Cuán sola se va quedando cada íntima Luna silenciosa que se aleja: Luna del ser que descubrió su voltaria claridad y le dio nombre, Luna de aquel que presintió en el alba de su disco la proyección del Sol y en la perennidad de la marea su inquietante cercanía, Luna de la noche cuando un adán ebrio de asombro caminó sobre su orbe acribillado —haciendo de ella por vez primera un mundo vivo— y de esta otra noche en que la busco y me pregunto: qué no habrá visto la Luna...

Un toque de azul

Columbrarte, madre Tierra, como un húmedo toque o una joya azul en la tiniebla, y darse cuenta que todo cuanto hay sobre tu faz es de ti parte, que somos poro vivo en la piel de un solo ser. Asistir a un tiempo a tu día y a tu noche y sentir que cada palmo de tu suelo es sagrado y precioso porque puede florecer en carne y germinar en pensamiento.

Sorprender —adán ingrávido— tu jaspeada esfera levitando ante las fauces del abismo y llevarse en una mirada tu creciente curvatura, entendiendo que ese oasis trashumante es —hasta ahora— hogar y término de todo lo viviente, que es ahí donde habita lo que amamos, donde estamos decantando en doloroso tiempo nuestro rostro de criatura, donde hacemos el poema y nos salva, de pronto, un acorde, una fragancia...

Ser partícula de la Tierra contemplándose a sí misma, sonriendo humano llanto en la altura donde el azul se difumina en astros.

Suburbia

Lo mejor de los astros en este arrabal de espiral es que hay alguien que los mira y se maravilla. Tantos habrá que jamás han alojado o recibido una mirada: diafanía prodigándose a la sombra, calidez que se disipa en el vacío. Cuán en vano brilla un sol que a nadie dora, que no excita eclosiones, ni despierta la vida al contacto con sus mundos; cuán en vano orbita un mundo en cuya infértil epidermis ningún río labra cauce, ave alguna bate alas o elabora su canción.

Yo me agoto abarcando el mayor número de estrellas, inventando las ausentes e imaginando las que fueron y serán. Me esfuerzo en padecer el drama de cada sol: arder su fuego, rodar su movimiento y poblar el fabuloso panorama de sus mundos, a fin de que ninguno quede sin ser justificado en este canto.

Una noche en la Vía Láctea

Qué gran fiesta o polvareda de cristal y de llama es la Vía Láctea. Tanta nebulosa dando a luz policromía de abierta flor. Tanto nítido tremer de joven pléyade. Tanto púlsar irradiando su esporádico destello al confín del espacio. Tanta cópula de enjambres y contacto entre binarias que se curvan por el oro de sus órbitas. Tanta supernova liberando su entraña y oscuro sol derrumbándose bajo el peso de su propia gravedad.

Cuanto más nos acercamos al perpetuo mediodía de su centro, tanto más pródiga en astros y vorágine de mundos la galaxia: globos perláceos circundados de volátil y fantástica aureola, gélidos orbes y fugaces meteoros que el torrente sideral arrastra y en letales colisiones se aniquilan, lunas de fábula y flamígeros cometas que se abisman en la errante soledad de sus elípticos trayectos.

Algo dice mi noche de cómo se pasa el tiempo en el abrazo espiral de la Vía Láctea, algo dirán estas palabras de la gloria que acontece sobre un mundo a treinta mil años luz de su febril y majestuoso corazón.

Soy una multitud

No menos multitudinaria que una galaxia, no menos prófuga ni menos admirable, es la flotante población de concertadas células que son de mi cuerpo huésped —cada una un micromundo, cada una equivalente a una estrella—. Al igual que esta espiral que me aloja en los parsecs de sus afueras, mi unánime yo es suma pletórica de seres —cada uno de los cuales me habita y no me ve—. También yo me orbito y me renuevo y estoy siendo arrollado alrededor de un impetuoso corazón; una misma es la trama de fuerzas que nos unen, una misma es la proporción de tiniebla y esplendor.

Hecho por igual de fulguraciones y penumbras, soy una multitud logrando la ilusión de un solo ser, de una sola voz, de un solo Cosmos.

Supernova

No fue en vano la agonía de esa joya solitaria: a la noche del hombre regaló el efímero esplendor de cien millones de soles. No fue en vano su estertor: en su fuga luminosa ha de crearse lo que un día será mar y humus de otros mundos, substancia y savia de futuros seres y posible inteligencia.

Hay en mi propio pasado violencia de supernova: el acaso misterioso de mi rostro, el sabor de la sal sobre mi piel, la pulsátil sincronía de mi cerebro que me permite hoy adivinar su origen, la humedad y diafanía de mis ojos, la incesante pleamar de mis fluidos, todo este dédalo de átomos que soy y que me puebla... rescoldo asombroso de la pirotecnia estelar.

En la Ribera del Olvido • *Un día en el paraíso* • Carlos Framb

Natividad

Algo hay prodigioso aconteciendo con el polen peregrino y niebla errátil de una lejana supernova: un nuevo sol. Nunca se sabe de qué escombro surgirá el siguiente fénix, de qué lado apuntará la nueva aurora: en toda latitud alguna nebulosa hay contrayéndose hasta abrasarse en ardor e irisarse en claridad.

Bienvenido al Universo hermano sol: aunque visto desde mí no parezcas mayor que una luciérnaga, aunque seas uno más entre infinitos, no es tu luz que apenas nace menos luz que cualquiera otra. Bienvenido a nuestro cielo: ahora que inauguras tu órbita primera a la galaxia, predigo que nos veremos aun por mucho tiempo. No es imposible que seas un día nuestro norte o desembarque el ser humano en alguno de tus mundos.

Y en todo caso un hilo de fotones ha de unirnos, y de música y calor pues quien contempla una estrella la escucha también y la acaricia.

Contemplando Fomalhaut

Cómo puedes saber, delicada Fomalhaut, que alguien te ve desde la sombra y pronuncia con placer tu hermoso nombre. Cómo puedes saber que tu pasado sería mi presente, que uno solo de tus rayos contaría tu historia y rendiría tu secreto: a qué temperatura se consumen tus metales, cuál es tu exacta edad e ineludible devenir, cuántas veces un hombre es la abismal profundidad que nos separa.

Cómo hacerte saber mi gratitud de que en tus prófugos trayectos uno haya encontrado esta noche una mirada, de que uno más entre tus múltiples destinos haya sido propiciar en este habitante de otro mundo una página, una reflexión y un éxtasis.

Viajeros

Demorar la mirada en una estrella es preguntarse qué sabrán de la vida sus planetas e imaginar que un posible habitante hace abrigo de ese fuego, lumbre de esa luz y describe alrededor su ultraterrena singladura de ser vivo. Alguien sensible a un panorama a mí vedado, a un placer que jamás conoceré, a un perfume de fabulosa primavera. Alguien que quizás haya tendido su mirada hacia este lado de su cielo y de su noche, imaginando…

Sueños de ser yo un día novedad para su mundo y de contarnos nuestro drama inverosímil de existir. Tanta inmensidad nos une: a medio camino entre átomo y estrella somos seres insondables, somos ceniza de antiguo fuego vadeando la misma oceánica tiniebla; ambos, en un trecho perdido del espacio, hemos sido fragmento viviente de Universo.

Por qué no habría de sentirle hermano, si un mismo misterio nos habita e igual fugacidad nos arrebata; si, anónimos viajeros, hemos sido arrojados a la playa del ser en la misma pleamar del tiempo.

Neverlands

Pasearme entre habitantes de otro mundo y circunnavegando el horizonte de remotas luminarias, volver a Ítaca un día después de cien mil siglos; adentrarme en la cuántica región, descubrir cómo percibe un electrón su incertidumbre y emerger en otro donde que el aquí y en otro cuando que el ahora...

Más de setenta veces siete dimensiones tiene el Cosmos: otras tantas perspectivas que me impiden ver mis ojos, otros ámbitos que no alcanzo a imaginar, otros seres que no conoceré. Tanto espacio palpitante de indecible acontecer, tanta incierta realidad donde se invierten acaso nuestras leyes, donde el efecto precede a la causa y acaba de volver quien no partió. Tanto mundo virgen a la huella, a la mirada, a la imaginación, tanto mundo en que no he sido ni seré.

La magia

Cuánta magia un Cosmos que permite la magia: insomnes elementos soñando mariposas y galaxias espirales, cristales de agua y planetas de diamante y cereal que serpean la tiniebla. Cosmos con posibles dimensiones al envés de nuestro espacio y pasadizos al ocúltimo interior de las partículas. Cosmos que permite océanos de azul nitrógeno y rosadas lluvias de menuda nieve, brisas perfumadas de azafrán en flor y abiertos ojos donde el tiempo se ha asomado a contemplar su marcha. Cosmos donde moran criaturas esculpidas en ceniza de antiguo fuego, capaces del ajedrez de la ciencia y del oro del poema. Cosmos en el cual soy manifestación de una magia que ha demorado la sucesión de las edades para lograr la configuración irrepetible de mi rostro.

Para leer en voz admirativa

De qué remoto estertor somos vestigio, de qué lejana nebulosa derivamos la existencia; a qué tenue asimetría, a qué partícula de menos o de más en el principio debemos hoy el ser; a qué mínimo enlace, a qué fortuita mutación, nuestra singular anatomía. Qué sería de la vida sin la versatilidad del carbono, sin la afición de la molécula a copiarse, sin el alosterismo de cierta proteína. Qué sería de los soles y los mundos sin la improbable isotropía y corrimiento del espacio, si no fuese la materia a tal punto propensa a la espiral, propicia al orbe, si levemente fuera otro el delicado contrapeso de sus órbitas.

Y a qué aleteo fugaz de mariposa deberá su paradoja el ser humano: algo o alguien que a sí mismo se declara misterioso, que se habita y que se ignora y que sabe que se ignora.

Elegía

Qué no diera yo por asistir otro día al Universo y desde el globo delicado, nítida perla de unos ojos, descubrir su colorido en tanto jardín y vitral, en el oceánico telón del firmamento, en la irisación del ópalo y la nieve. Por quedarme contemplando una vez más caer la tarde y al menos otra noche rodar bajo el cielo abovedado y pleno de espolvoreada luz, yo mismo no menos abrumado de infinito que aquella vastedad. Por sentirme aún partícipe en la hermandad profunda y grandiosa evolución de las especies, en la alquimia planetaria de agua suelta en piel vibrátil, de solar combustión en pensamiento, y en el maravillado desplegar de una mirada, descubrir de nuevo tanta multigénita belleza y entrañable eternidad.

Acción de gracias

Qué Cosmos es este, donde aún la flor más breve da perfume y donde nada hay tan pequeño que no haya sido engendrado entre esplendores. Cosmos que se deja admirar y conocer, que permite a nuestro espacio esa rara cualidad: la curvatura, y consiente la increíble ubicuidad de *pi*. Otras geometrías acaso hay que no sabemos.

Qué azar es este, el de morar en un fértil Universo cuyos mundos comparten la virtud potencial de hacerse piel inteligente, en cuyo abismo urden los seres tan profuso y enigmático tejido, en cuyo tórax de galaxias que se expande y que se enfría crepita aún la llama temblorosa de mi corazón.

Es mi asombro que tuviera cada cosa su existencia, cada cual su propio rostro, cada uno su nombre y un destino, que observara el arroyo el mandato inagotable de fluir, perpetuara la rosa en cada brote su misión de florecer y armonizara el polen con la abeja y con el viento.

Es mi alegría que tuviera la materia que soy el atributo de transmutarse en poesía, que del fuego original y sus pavesas emanara este día de desnudez y paraíso, que en el cósmico espumar de la entropía irrevocable prosperara esta página fugaz de acción de gracias.

Índice

Este libro se terminó de imprimir en
los talleres de ....
en el mes de octubre de 2022

La carátula se imprimió en ....
las páginas interiores en ....

La fuente tipográfica empleada es Schneidler Bt.